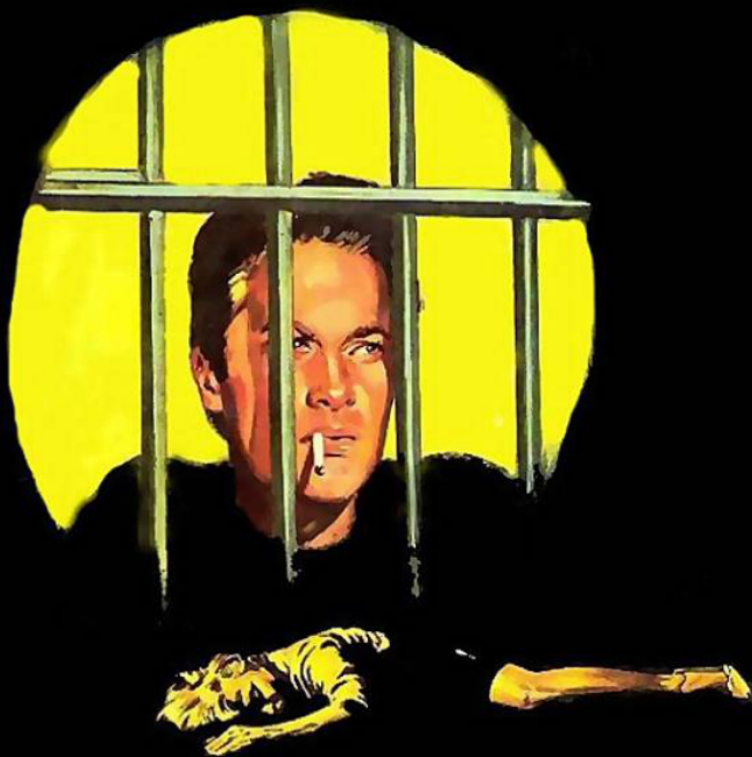


SERVICIO
SECRETO

SS

YO, CULPABLE

Albert Rosbund



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



SERVICIO SECRETO



ALBERT ROSBUND

YO, CULPABLE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.581

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 27.330 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1980

© Albert Rosbund - 1980
texto

© Jorge Sempere - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1980

Para Amparo y Luis

CAPÍTULO PRIMERO

Era un día soleado y hermoso, como casi todos los de aquella primavera que tocaba a su fin. Desde la concurrida terraza del Golden Bar se podía observar el tranquilo y azul mar, salpicado de numerosos veleros blancos, mientras se saboreaba un combinado. Miramar Beach hacía buenos los *slogans* publicitarios: paz, belleza, sol, mar... el lugar ideal para su descanso, para recobrar sus ganas de vivir.

Pero yo no había acudido allí por estos atractivos, sino por acompañar a Martha Custer. Yo trabajaba como stunt-man^[1] en Hollywood, un trabajo en el que no destacaba, encima mal pagado para los riesgos que se corrían.

Pertenecía al grupo de Bill Latimer, un especialista de la época de los cincuenta que ahora tenía su propio equipo, otros se jugaban el pellejo y él se llevaba la parte del león. Martha Custer era una actriz secundaria de renombre, incluso el año pasado había sido nominada para el Oscar. No había llegado a ser primera actriz por su físico, habiendo sido encasillada en los clásicos papeles de «mala», dando la réplica a la protagonista. Nos conocimos durante el rodaje de *Persecución hasta la tumba*, un filme de *gangsters* y mucha acción dirigido por Elliot Silvers. Salimos juntos un par de veces y ella me propuso que la acompañara durante la semana de vacaciones que se iba a tomar, una vez finalizara su trabajo. Pensé que me podía ayudar a subir algún peldaño, yo tenía aspiraciones de actor también, y acepté. Fue una conveniencia, desde luego, pues no sentía por ella ninguna fuerte atracción, además era una docena de años mayor que yo, por lo menos.

Ella escogió Miramar Beach. Situada en la bahía de Monterrey, al sur de San Francisco, limitando al este, hacia el interior, con la importante población de Salinas, al norte con el pueblecito de Castroville y al sur con la reserva militar de Fort Ord, Miramar

Beach era un lugar de moda para gente adinerada y sobre todo del mundo del espectáculo.

Desgraciadamente, el romance no duró mucho. Al segundo día apareció de pronto su agente artístico y se la llevó de allí con urgencia porque le había conseguido un contrato en Europa para rodar a las órdenes de un importante director italiano. Me quedé solo, pensando qué hacer, mientras consumía el puñado de dólares que me había dejado como despedida. Finalmente llegué a la conclusión de que no quería regresar a Hollywood para recibir golpes y batacazos a diestro y siniestro, Miramar Beach me abrió los ojos a otra forma de vivir la vida, mucho más cómoda, fácil y placentera, de eso me convencieron sobre todo un par de señoras maduras que fueron mis compañeras-amantes durante el tiempo que tardé en decidirme. Con mis veintiocho años, mi planta de atleta, mi rostro de facciones duras y viriles, todo ello bien arropado, podía tener señoras dispuestas a colmarme. Es decir, podía convertirme en un gigoló.

Y eso era. Un gigoló.

Vivía bien, no me podía quejar. Tras un año de «profesión», había alcanzado incluso unos ahorros, cosa que nunca antes había podido conseguir. Tenía un gran ropero, un piso lujoso, un coche deportivo y muchas más cosas que me habían regalado mis adorables amantes.

Por otro lado, no había existido el peligro de que se plantearan problemas sentimentales, dado el tipo de relaciones que practicaba, porque todas iban a divertirse, ninguna se ponía tonta con historias de amor y otras zarandajas por el estilo, algunas incluso eran casadas buscando la aventura de unos días con un joven apuesto mientras su marido cincuentón, de su misma edad, celebraba reuniones de Consejo de Administración, aunque posiblemente él también se la estuviera pegando en otro punto de la Costa del Pacífico con la secretaria de turno.

Así, pues, todo iba sobre ruedas y ahora, al cabo de un año; no sentía el menor arrepentimiento de la decisión adoptada. En todo esto pensaba sentado en una confortable silla de la terraza del Golden Bar mientras bebía a sorbos un high-ball.

En la actualidad me encontraba libre, a la espera.

Mis ojos se fijaron en una joven recién llegada. No tendría más allá de los veinticinco años, según mis expertos cálculos, era pelirroja, de ojos claros, verdes posiblemente, de rostro sensual, muy atractivo. Poseía unas curvas rotundas, resaltadas magníficamente por su atuendo deportivo y primaveral. Me dije sin ningún reproche que era un exquisito bocado que me gustaría paladear y así olvidar mis últimas aventuras. Ella también se fijó en mí, tras tomar asiento, pero al observar mi insistencia, giró bruscamente la cabeza y perdió la mirada en el mar y los blancos veleros.

Iba a levantarme para iniciar el acercamiento cuando apareció el pesado de Alex.

—Hola, Ricky.

Alex Hamilton era un tipo que se dedicaba a lo mismo que yo, pero algo más veterano. Había acudido a Miramar Beach durante los comienzos del *boom*, logrando situarse entre las piezas más cotizadas del lugar. Era alto y musculoso, de cabellos negros —los aladares tintados por culpa de canas prematuras—, rostro de facciones simpáticas, más bien de muchacho travieso, y una inacabable tendencia al buen humor.

—Hola, chico —respondí contrariado, resignándome a permanecer en el sitio. Observé su rostro contrariado, algo nada habitual en él, y pregunté—: ¿Qué pasa?

Soltó un bufido y tomó asiento frente a mí, quitándome de la vista a la preciosidad pelirroja.

—Estoy que muerdo —gruñó.

—¿Por qué?

—Anoche me las hicieron pasar canutas.

—¿Quiénes?

Hizo una seña a un camarero para que se acercara, encargándole un *gin-tonic*. Luego me contestó:

—Estaba en plena faena cuando apareció ese estúpido de Gunnison, el jefe de policía local, acompañado de un par de sus honorables muchachos. Me dijo que había sido denunciado por tráfico de droga y que debía hacer un registro, incluso llevaba la orden judicial por si me negaba. Me trataron como a un delincuente, me pusieron patas arriba el apartamento y no encontraron nada, claro está. Entonces dijeron que lo lamentaban y

se largaron con una puerca sonrisa en la boca. La vieja no tardó ni un segundo en colocarse sus ropas y sus joyas y salir tras ellos, asustada.

—Hummm...

Alex Hamilton ya tenía ante sí el vaso cilíndrico. Lo tomó y bebió un largo trago.

—Nos quieren hacer la vida imposible. Ricky.

—Sí, eso parece —tuve que reconocer. Yo había observado últimamente que se me vigilaba de vez en cuando.

—Y es cosa del nuevo concejal, ese tal James Bradbury. Ya podía haber seguido dedicado exclusivamente a sus negocios financieros, maldito sea, y no meterse en política.

—Juró que acabaría con la corrupción en Miramar Beach —recordé con cierta preocupación.

—Diablo, pero es que parece ser que los únicos corrompidos de aquí somos nosotros, unos pobres vividores —apuró el vaso—. Hay cosas más graves que perseguir prostitutas y gigolós. Ese tío tiene puestas las miradas en la alcaldía y al parecer nos ha seleccionado para que le sirvamos de trampolín.

—Desde luego, somos presa fácil.

—Y nada complicada, no se va a crear grandes enemigos. Acabar con la especulación o la droga, si podría acarrearle graves problemas.

Chasqueé la lengua, comentando después:

—Me parece que a partir de ahora vamos a tener que ir con mucho cuidado.

—Yo ya me he buscado un refugio secreto —me dijo en tono confidencial.

—¿Cuál?

—Vengo ahora de allí. He alquilado una casita en las afueras en el 320 de Markham Road. Por supuesto, he utilizado nombre falso. Bob Stack, ya sabes, ese que tiene contactos con el hampa, me ha echado una mano; me debe un par de favores. Allí me voy a llevar a mi próxima cita y esta vez no habrá irrupciones molestas.

—No es mala idea.

—¿Tú no tienes nada a la vista?

—Estás delante —le repliqué sonriendo.

—Oh, lo siento —miró disimuladamente hacia atrás—. Son dos,

chico. Suerte. Alguna caerá.

Se puso en pie y dejó un billete sobre la mesa para que pagara su copa y la mía. Luego, se alejó.

Efectivamente, ahora había dos mujeres alrededor de aquella mesa: la pelirroja de antes y una rubia. Esta última se encontraba de perfil a mí. Era una mujer de mediana edad, unos cuarenta y dos años le calculé, de rostro algo alargado, enmarcado por una abundante melena dorada, muy sofisticada. Vestía con elegancia y cierta provocación. Las dos charlaban muy animadamente.

Como no me hacían el menor caso, totalmente enfrasca das en su conversación, saqué mi cajetilla de «Marlboro» y mi encendedor electrónico de oro, con mi nombre grabado, regalo de una amante satisfecha. Me puse a fumar, terminando de apurar el combinado, sin dejar de mirar en derredor. El Golden Bar era un lugar selecto de Miramar Beach, el sitio ideal para un rápido ligue. Pero aquel mediodía no había mucha animación; por tanto, pocas opciones.

Me puse a pensar en las palabras de Alex. Era para empezar a preocuparse. Si realmente se habían tomado las cosas en serio y se ponían tontos con nosotros, el «trabajo» se haría a partir de entonces difícil, incómodo. Miramar Beach ya no sería la balsa de aceite que era hasta ahora para sujetos como nosotros. A Gunnison, el jefe de policía local, tenía el disgusto de conocerlo, unos meses atrás habíamos tenido una breve disputa por el robo de una alhaja a una señora con la que había tenido relación. Gunnison quiso endosarme el robo, pero afortunadamente el detective del hotel donde se alojaba la víctima, mucho más inteligente que Gunnison, descubrió a tiempo que el ladrón había sido uno de los botones. Gunnison era el clásico policía corpulento, macizo, de ideas fijas, con poco cerebro y mucha violencia. Le habían colocado en tal puesto porque un gorila como él podía ser útil tanto para enfrentarse a los delincuentes como para ser manejado por la clase política, y ahora, al parecer, el tal James Bradbury, al que no tenía el disgusto de conocer personalmente, pero del que había oído hablar algo, era un importante financiero del lugar, lo estaba utilizando para crearse una imagen entre el vecindario fijo de Miramar Beach, que eran los que menos estaban de acuerdo con el ambiente que allí se vivía, para ellos Miramar Beach se había convertido en una especie de infierno, de sala del vicio, y en

cualquier conversación que mantuvieras con ellos enseguida salían a relucir los comentarios echando de menos los viejos tiempos, aquéllos en que Miramar Beach era únicamente una playa a la que acudían unos cuantos para el verano...

De pronto, la chica pelirroja se movió y eso alejó mis pensamientos, llamando de nuevo mi atención sobre aquella mesa. La vi ponerse en pie y echarse el bolso al hombro. Luego se despidió de la otra y comenzó a caminar hacia la salida. Al pasar junto a mi nuestras miradas se cruzaron un instante. Sentí una especie de aguijonazo, algo dentro de mí me echó en cara la clase de mujeres que yo cultivaba y deseé demostrarme a mí mismo, una especie de reto, que todavía podía ligarme a una joven sin dinero por medio. Fue por eso que me levanté con la intención de ir tras ella.

Al hacerlo, me encontré con la otra mujer, la rubia, que llevaba un cigarrillo entre los dedos y me sonreía muy seductora. Poseía unos bonitos ojos azules y unos labios carnosos, muy rojos. Se agachó para mostrar mejor el escote, buena parte de unos senos redondos y grandes.

—¿Podrías darme fuego? —preguntó.

Escenas así las había vivido a montones, sabía lo que significaba. No tuve valor para negarme, le ofrecí la llamita de mi encendedor y de esta sencilla forma me enrollé con ella y comenzó el maldito lío.

CAPÍTULO II

—Me llamo Myrna Donovan.

—Richard Lester, pero puedes llamarme Ricky, como todo el mundo.

Ella ocupó el asiento de Alex Hamilton. Por el brillo de sus ojos ya había adivinado de qué iba la cosa. Y no podía dejarla, al fin y al cabo era mi negocio, mi modo de vida. Lo de la chica pelirroja sólo iba a ser una canita al aire, un *hobby* mientras caía la próxima pieza.

Pero ésta ya estaba allí.

—Acabo de llegar a Miramar Beach —me arrojó una densa bocanada de humo, divertida—. ¿Y tú?

—Yo vivo aquí.

—¿Solo?

—Sí.

Sus ojos brillaron más.

—Yo también estoy sola.

—Creí que tenías amigos —objeté—. Te he visto con una muchacha pelirroja.

—Ah, ésa. Sólo eran negocios.

—¿Tienes negocios aquí? —pregunté, interesado. A veces, aunque pocas, me había llevado una plancha porque había resultado que la señora de marras sólo llevaba lo justito para pasarlo medianamente bien.

—Posiblemente —respondió sin especificar.

—Ya.

—Tengo ganas de divertirme. ¿Conoces algún sitio más alegre que éste?

Por supuesto, yo conocía todos los agujeros de Miramar Beach como si fuera su dueño. Era mi obligación.

Acepté de inmediato, dispuesto a tantearla. La llevé en primer

lugar a la discoteca Nefertiti, y allí estuvimos meneando el cuerpo psicodélicamente durante un par de horas, hasta que quedó exhausta y en un rincón en penumbra se arrojó a mis brazos e iniciamos los primeros escarceos.

—Tú no eres de aquí, de este estado, ¿verdad? —le pregunté, pues su acento no me parecía californiano.

—No.

—¿Wisconsin, Illinois, Michigan...?

—Tal vez —sonrió enigmática, y estrelló su boca contra la mía.

Cuando volvió a hablar, me pidió que la sacara de allí porque se encontraba muy excitada. Nos, dedicamos a pasear por la playa como dos románticos enamorados mientras el sol se iba ocultando en el horizonte.

—¿A qué te dedicas. Ricky?

—Bueno, a nada fijo...

—No me digas que eres un vividor.

—En absoluto. —Ella ya lo debía de saber, pero el juego consistía en negarlo y dejarlas hacerse la falsa idea de que ligaban por sus encantos y su personalidad—. Tengo una pequeña renta...

—Me gustas, Ricky —me restregó el rostro por el tórax, mimosa.

Fuimos a cenar a Ronny's, el mejor restaurante de Mira mar Beach. Ella se «empeñó» en invitarme y yo me «resigné». Luego propuse ir al Casino y eso la entusiasmó.

Allí jugamos alegremente con su dinero. La vi perder cinco mil dólares de una sola sentada con una sonrisa en los labios que me produjo escalofríos.

—Cuidado —le advertí—. Creo que te está cogiendo la fiebre del juego. Es peligroso.

—Bah.

Continuamos probando con la ruleta sin ningún resultado. Decidió dejarlo cuando las pérdidas ascendían a un montante de quince mil dólares. No estaba mal para empezar. Hice unas rápidas multiplicaciones y me imaginé cómo debía estar su cuenta corriente para ni siquiera temblar al salir, todo lo contrario, mostrarse muy alegre y cariñosa.

—Los negocios te deben ir muy bien —me atreví a comentar mientras me acariciaba con su mano atrevidamente, ya dentro de mi coche. Sus largas uñas me producían cosquillas.

—No te preocupes de eso ahora, querido... Mmmm...

Se puso tan pesada que nos dirigimos directamente al *bungalow* que había alquilado en Miramar Road. Recordando las palabras de Alex Hamilton, preferí que fuese así. Mi piso podía estar vigilado y no quería que una sorpresa me ahuyentara semejante pieza.

—¿Estás casada? —Se me ocurrió preguntarle mientras se desnudaba ante mí.

—No.

—¿O divorciada?

—Tampoco —giró el rostro y me miró divertida—. No me digas que tienes prejuicios, querido.

Le demostré que ninguno. Y fue en verdad una buena noche. He de reconocer que hacía tiempo que no gozaba así. Mi experiencia dilatada me ha hecho ver que este tipo de mujeres, una gran mayoría, apenas sabe las cuatro reglas básicas, precisamente lo que buscan es novedad, salirse de lo habitual, entregarse a alguien que las pueda llevar al desenfreno. Myrna Donovan, en cambio, fue una de las excepciones. Demostró tener una portentosa imaginación erótica y un gran vigor físico, sorprendiéndome en muchos momentos.

Cuando por la mañana despertamos, la ayudé a preparar el desayuno tras ducharnos juntos. Luego, me despidió.

—Ahora he de hacer unas cosas.

—Podría acompañarte —me ofrecí—. Mi coche...

—Son asuntos privados, Ricky, querido —me dio un beso en los labios—. Nos veremos a las doce en el Golden Bar. Piensa en algún sitio a dónde podamos ir a almorzar...

—Está bien.

—No pongas esa cara, hombre —me palmeó una mejilla—. Si encuentro algo adecuado, me instalaré aquí, en Miramar Beach, y tú y yo seremos muy buenos amigos.

—Okay.

Me fui a vagabundear por ahí mientras se hacía la hora de la cita. Me molestaba de alguna forma que Myrna Donovan no fuera más explícita acerca de su vida y sus negocios, de otras lo había sabido todo enseguida. Pero en fin, no había que mostrarse pesado, lo sabía por experiencia, eso podía traer malas consecuencias.

Cuando acudí al Golden Bar me llevé una gran sorpresa porque

llegó la hora y ella no apareció. Alex Hamilton sí hizo acto de presencia, como casi siempre, era nuestro lugar favorito aquel bar, y me contó cómo le había ido con su última aventura, una menopáusica millonaria a la que debía ayudar a superar el trance. Alex hizo sus chistes habituales y yo me reí bastante, olvidando por el momento a Myrna Donovan.

—Pero ahora en serio —agregó, cambiando el gesto de su rostro—. No te pierdas mañana tarde, a última hora, el programa televisivo de Bob Carpenter. La estrella invitada va a ser el concejal James Bradbury y explicará la campaña que piensa llevar a cabo contra la corrupción existente en Miramar Beach. Eso nos interesa.

—No me lo perderé —prometí.

Se marchó, se hicieron las dos y Myrna Donovan continuó sin dar señales de vida. Al menos podía haber telefoneado al Golden Bar...

Almorcé en un *snack*, solo, pensando qué le podía haber sucedido. Luego me trasladé hasta su *bungalow*. Nadie me abrió la puerta.

Como no me gusta que se burlen de mí y menos una clienta a la que aún no le he sacado tajada, me quedé allí, junto a la puerta, esperando.

Fumé bastantes cigarrillos y los pies acabaron por dolerme. Myrna Donovan no apareció hasta el anochecer. Venía muy presurosa y no se dio cuenta de mi presencia hasta que casi chocó conmigo.

—¡Ah, hola, querido!

Le dediqué una mueca. Estaba verdaderamente enfadado con ella.

—No me gusta que jueguen conmigo, Myrna.

—Lo lamento, Ricky, cariño —dulcificó su voz—. Surgió un imprevisto.

—Podías haberme avisado.

—No se me ocurrió.

Puse cara de incrédulo.

—Perdóname —insistió, tomándome de un brazo—. Anda, pasa, tengo toda la noche para ti.

Entré tras ella y cerré la puerta. Dio al interruptor de la luz y arrojó el bolso sobre una butaca. Me miró sonriente. Parecía muy

contenta.

—¿Te han ido bien las cosas? —le pregunté.

—Estupendamente.

—Me alegro.

—Este mundo es un pañuelo.

—¿Por qué?

—Siempre te llevas sorpresas.

—¿Te vas a quedar en Miramar Beach?

—Por supuesto. Ya lo he decidido esta tarde. Y ahora no hablemos más de mis cosas. Me voy a dedicar sólo a ti, Ricky, querido.

Vino hacia mí y me enroscó las manos al cuello, besándome con ardor y profundidad. Rápidamente olvidé el mal rato que me había hecho pasar y me dejé arrastrar por sus ansias.

En un descanso aprovechamos para cenar a base de *whisky* y canapés. Nuestras miradas se cruzaban, y por el brillo de sus ojos yo adivinaba que no estaba ni medianamente satisfecha. De todas formas, traté de ligar una conversación. Me seguía intrigando su fuente de ingresos.

—Yo podría ayudarte en tus negocios, conozco gente aquí, en Miramar Beach...

—Lo tengo todo resuelto —me cortó.

—Pero...

—No te preocupes, Ricky, querido —me sonrió, gateando hacia mí de una forma electrizante—. Tendrás todo lo que quieras. Todo.

—No se trata de eso... —me apresuré a decir, temeroso de que se estropeará el asunto.

—Ya te lo dije, me gustas mucho.

Seguidamente se abalanzó implacable sobre mí e iniciamos la más larga orgía que yo había vivido. Aquella mujer me sorprendía cada vez más. Finalmente quedamos exhaustos, rotos, sobre la amplia cama del dormitorio.

Cuando volví a la realidad, flotaba entre nubes algodonosas. Era ciertamente una sensación agradable, placentera. No tenía idea del tiempo que había pasado, los párpados me pesaban una enormidad y se me hacía muy difícil abrirlos del todo. Desde luego, ya amanecía pues alguna luz diurna lograba filtrarse a través de los visillos que protegían el ventanal.

—Nena... Nena... —musité, parpadeando incesantemente. De pronto mis ojos se agrandaron enormemente al ver que las sábanas de la cama eran rojas. ¿Cómo era posible? Eran blancas. ¿Una mala jugada de mi vista?

Aún me horroricé más cuando me fijé con detalle en el cuerpo desnudo de Myrna Donovan, tendida boca abajo junto a mí. Sus piernas, sus nalgas, su espalda, todo era perfecto hasta llegar al cuello y la cabeza. Sus cabellos dorados eran ahora del color de la sangre. Presentaba un fuerte golpe en la cabeza. Y lo peor, el cuello desgarrado. Por ahí se le había escapado buena parte de la sangre y la vida.

Me quedé demudado, un ligero temblor recorrió mi cuerpo. Pero ahí no terminaba todo. Entonces sentí el peso de mi mano derecha. Algo cogía entre los dedos. Mi vista fue hasta allí y todavía me espanté más al ver la botella de *whisky* rota que empuñaba por el gollete.

CAPÍTULO III

Solté la botella como si quemara, luego me fui arrastrando hacia atrás, abandonando la cama poco a poco. Todo aquello me parecía una cruel burla, o una pesadilla. No podía ser verdad lo que mis ojos veían: Myrna Dono van tumbada boca abajo sobre la cama, el cráneo partido por un botellazo, el cuello desgarrado profundamente por las astillas de la botella rota. Se podía decir que había sido degollada, dejándola sangrar como un cerdo de matadero.

Era espeluznante. Y más si pensaba que yo era el autor de aquello.

No, no podía creerlo. No podía ser que yo la hubiera matado. ¿O tal vez sí? Posiblemente me encontrara loco, borracho perdido, y le había estrellado la botella en la cabeza. Sí, eso era posible. Pero ¿por qué luego rebanarle el pescuezo, por qué «quererla matar»?

El sudor me corría por el rostro. Parpadeaba y miraba a la cama, esperando que aquel cuadro horrendo desapareciera y Myrna Donovan se desperezara voluptuosamente y alargara sus brazos hacia mi diciendo:

—Oh, querido, ven. Me has hecho tan feliz...

Sólo la había matado. ¿O no? Por más que me esforzaba en recordar, no conseguía nada. Mi mente estaba en blanco.

Traté de serenarme. A lo mejor alguien había entrado allí sin que nos diéramos cuenta. Rápidamente revisé las ventanas, todas estaban cerradas por dentro. La puerta de entrada la casa no parecía haber sido forzada, pero yo sabía que con una simple tarjeta de crédito, de esas de plástico, se podía abrir una puerta sin dejar marca. Todo era buscar alguna explicación para no tener que admitir que yo la había matado.

Pero la sangre reseca estaba en mi cuerpo desnudo. Y la botella había estado en mi mano.

Con un ligero temblor de piernas me dirigí al lavabo y me lavé con fruición. Pensé en denunciar el hecho. La carne se me puso de gallina. Me imaginé al bruto de Gunnison dando saltos de alegría junto con el concejal Bradbury: el asunto era ideal para promocionarse.

No me iban a creer, era el sospechoso ideal. Me enchironarían y me proporcionarían un abogado de oficio, aunque yo podría pagarme uno bueno. Bien, tal como estaban las cosas mis posibilidades de volver a la calle serían mínimas. No, no pensaba arriesgarme.

Por tanto, solamente tenía una salida: ¡escapar cuanto antes!

Pero para eso había que obrar con serenidad, no dejar ninguna huella de mi paso por allí. Al realizar la investigación policial se descubriría casi con toda seguridad que yo había estado con ella, nos habían visto en el Golden Bar, en el restaurante, en el Casino... pero yo podría negar que no había llegado a pasar la noche con ella. Podía haber sido otro. Mientras no lo pudieran demostrar, las cosas no estarían feas para mí. Todo era cuestión de mantener el tipo y no caer en contradicciones.

Me vestí apresuradamente. Luego tomé mi pañuelo y comencé a limpiar todo aquello que recordaba haber tocado, no debía quedar ninguna huella mía o mi historia se vendría abajo como un castillo de naipes.

Cuando terminé la dura faena, eché una mirada en derredor llegando a la conclusión de que no olvidaba nada, lo más importante, el gollete de la botella rota, lo había limpiado afanosamente.

Le dirigí una última mirada a la desafortunada Myrna Donovan y salí del *bungalow* como un apestado. El amanecer de Miramar Beach me pareció hostil, agresivo. Tuve la impresión de que mil pares de ojos me observaban y muchos rostros sonreían como diciendo:

—Dejadlo escapar, será muy divertido cazarlo...

Corrí hacía mi coche procurando que nadie me viera, a aquellas horas y en aquel lugar no se veía un alma, y me dirigí directamente a casa, como una flecha.

Vivía en Burgess Avenue, en plena zona residencial, poblada de lujosas casitas. Rogué porque nadie estuviera asomado a la ventana

de su casa y colé rápidamente el auto en el garaje particular mío.

Lo primero que hice fue quitarme las ropas y meterme bajo la ducha. Allí estuve un largo rato, dejando que el agua cayera con fuerza sobre mi cuerpo. Entonces comencé a tranquilizarme un poco.

Si yo no había matado a Myrna Donovan, me pregunté, ¿quién lo había hecho? desgraciadamente, yo apenas sabía de ella, de dónde venía y qué había hecho en Miramar Beach. Negocios, sí. Pero ¿qué clase de negocios? ¿Podía estar metida en algún feo asunto?

Y todo ello imaginando que no... Me estremecí. La duda seguía asaltándome.

Mientras me secaba con la toalla decidí olvidar todo eso, pues de lo contrario acabaría volviéndome loco y cometería algún error. Debía mentalizarme con la nueva historia. Yo la había conocido en el Golden Bar, habíamos salido juntos por ahí, pero no habíamos llegado a intimar todavía. Apenas sabía de ella, salvo que no era californiana, tenía negocios y pensaba instalarse en Miramar Beach. ¿Enemigos? ¿Problemas? Nada sabía de eso, no era muy locuaz con su vida privada. ¿Y usted, dónde ha estado esta noche? En casa, solo, descansando.

Sí, ésa era la historia. La tenía que repetir una y otra vez, hacerme una especie de lavado de cerebro, y así, cuando apareciera Gunnison con sus preguntas, no cometería ningún fallo. Tendría que mostrarme natural, espontáneo, dentro del lógico impacto que me produciría la noticia de la muerte de Myrna Donovan. ¿No había tenido en cierto momento de mi vida aspiraciones de actor? ahora iba a poder demostrar si valía o no.

Abandoné el cuarto de baño con la toalla anudada a la cintura, dispuesto a tumbarme sobre el diván, fumar un cigarrillo y pensar únicamente en aquella historia. Saqué la cajetilla de «Marlboro», pero no encontré el encendedor. Hubo un disparo en mi mente y de pronto lo vi rodar por el sofá del *bungalow* de Myrna Donovan. Yo iba a cogerlo, pero ella se abalanzaba como una tigresa sobre mí:

—Tonto, déjalo; ya tendrás tiempo para recuperarlo. Yo soy más importante y no puedo esperar.

Arrojé el cigarrillo al suelo y lo pisé, furioso, mascullando obscenidades. Lo encontrarían. ¡Seguro que lo encontrarían!

Aquel encendedor tenía mi nombre grabado, Ricky. Eso, sumado a que yo había sido visto en compañía de la muerta, hecho innegable. Tiraba por tierra mi historia de que no había estado con ella en su *bungalow*.

Todo se complicaba. ¿Qué podía aducir? ¿Sólo había estado la noche anterior? Sí, eso. Era una salida. Desde luego esta última noche no. ¿Se lo creerían Gunnison y sus huestes? Posiblemente no, pero mientras no tuvieran pruebas más claras...

De pronto, el timbre de la puerta sonó. Respingué violentamente. Los nervios los tenía a flor de piel. Me quedé mirando la puerta un tanto idiotizado. ¿Quién podía ser? ¿La policía tan pronto?

Avancé hacia la puerta y observé por la mirilla. ¡Oh, no! Era la señora Thompson, mi vecina de enfrente, una viuda cincuentona que me revoloteaba últimamente, no dejándome ni a sol ni a sombra, pero a la que no quería unirme porque no era ave de paso y eso podía acarrearle problemas.

Volvió a llamar, y decidí abrir.

—¡Oh, señor Lester! —exclamó al verme, muy impresionada. Continuaba desnudo, únicamente la sucinta toalla haciendo las veces de taparrabos—. Perdóneme si le molesto.

—No, señora Thompson. ¿Qué hay?

—Tengo esto para usted —me alargó un paquete.

Lo tomé con el ceño fruncido, observándolo. Por el remite supe de qué se trataba. Era una pieza para el auto que había tenido que pedir a San Francisco.

Un mal presagio azotó mi mente.

—¿Cuándo... cuándo vino? —pregunté, temeroso.

—Ayer tarde a última hora. Yo me encontraba en el jardín. Para que el pobre hombre no tuviera que volver, me hice cargo. ¿Acaso hice mal, señor Lester? —Me miró admirativamente de arriba abajo.

—No, no... —respondí, pensando en la maldita inoportunidad del paquete.

—Como usted no apareció en toda la noche, no se lo traje —agregó ella, y sufrí una especie de colapso—. Ahora, al escuchar el ruido de su coche, me asomé y le vi entrar. He tardado unos minutos para arreglarme un poco, por encima —se llevó una mano al pelo, coqueta.

Súbitamente tuve la tentación de matarla allí mismo. Si ya me caía mal desde tiempo atrás, ahora mucho más. ¡Maldita cotilla!

—¿Le ocurre algo, señor Lester? —me preguntó un poco alarmada. Debía haber observado que mis ojos querían fulminarla *ipso facto*.

—No... Nada. Buenos días. Y gracias —corté bruscamente, cerrando la puerta.

Arrojé el paquete contra la pared más próxima y me di a todos los diablos habidos y por haber. Ahora sí que estaba perdido. Tampoco podía mantener que había pasado la noche en casa. La señora Thompson se encargaría de demostrar lo contrario. Me la imaginé a la muy estúpida toda la noche con el oído atento, a ver cuándo regresaba para correr a mí con el paquete y tener la oportunidad de pegar la hebra conmigo.

Un nerviosismo creciente comenzó a hacer presa en mí. Va ni siquiera confiaba en la limpieza que había realizado en el *bungalow* de la muerta, tal vez me hubiera olvidado de algo. Además, ¿de qué servía ya eso? Al demonio. Estaba cogido. Vendrían y me apretarían las clavijas. No me soltarían hasta obtener una confesión, nadie me defendería, ni se preocuparían de mí.

Y lo peor: no estaba seguro ni yo mismo de ser inocente del asesinato.

Me mesé los cabellos, tratando de hallar una solución. No podía quedarme allí, en casa, y esperar a que aparecieran. Si me entregaba, estaba perdido, tal como se ponían las cosas conforme pasaban los minutos. Solamente me cabía una idea: huir. Fuera o no culpable, huir.

Pero ¿adónde?

Si cogía mi coche deportivo y enfilaba cualquier carretera, en un momento los auto-patrullas del condado de Monterrey estarían tras de mí con todos los datos.

Pensé entonces en Alex. Podía confiar en él. No era amigo de la policía, vivía como yo más bien al otro lado de la divisoria, no tendría inconveniente en ayudarme. Además, ahora tenía un refugio seguro según me había contado.

320, Markham Road. Eso era. Lo recordaba bien. Precipitadamente me alisté y salí de allí. Con toda seguridad la señora Thompson me estaría observando desde una ventana. ¡Al

cuerno!

Llegué a la dirección de Alex. Era un lugar a las afueras, como ya me había explicado, en el camino hacia el pueblecito de Castroville. Parecía una zona tranquila.

Tras llamar un par de veces a la puerta de la casita, apareció Alex envuelto en un batín negro y con cara de mucho sueño. Al reconocermle, exclamó:

—¡Eh! ¿Éstas son horas, hombre?

—Alex, estoy en peligro.

—¿De qué me hablas?

—¿Tienes compañía?

—Sí.

—Pues títala.

—Oye, oye... ¿Qué te has creído?

—Imagínate que soy Gunnison. Hazme ese favor, Alex. ¿Dónde puedo esconderme para que no me vea?

—Pero...

—No pierdas tiempo. Estoy metido en un horrendo lío y necesito de ti. Para eso están los amigos, ¿no? Estoy hablando muy en serio. Alex.

—Está bien —cedió, convencido por la gravedad de mis palabras y el gesto de mi rostro.

Me metió en un armario empotrado. Sumido en su impenetrable oscuridad, escuché los latidos de mi corazón y la voz cascada de una mujer que le dedicaba epítetos afectuosos a Alex mientras éste la apresuraba a largarse. Finalmente, cuando ya me moría de impaciencia, salió.

Alex vino y me dejó libre.

—Espero que sea razonablemente importante lo que vas a contarme.

—Sí.

—Soy todo oídos.

—Estoy metido en un asesinato. Y posiblemente yo sea el asesino.

Alex enmudeció, quedándose petrificado. Yo me dejé caer sobre una butaca.

—¿Tienes un *whisky*?

—Sí, sí...

Corrió a servir un par de copas. Al entregarme la mía me miró fijamente.

—¿No estarás borracho?

—En absoluto.

—Me parece increíble.

—Bebe un trago y escucha.

Le hice un rápido relato de cuánto me había sucedido con Myrna Donovan.

—Yo quiero pensar que no la maté, pero no puedo poner la mano sobre el fuego —fueron mis últimas palabras—. Hay algo que me dice que no, el detalle del cuello. Yo no tenía nada contra ella, en un momento de borrachera podía romperle una botella en la cabeza, pero luego ensañarme con su cuello...

—¿Quién iba a matarla, entonces? Me dijiste que no conocía a nadie aquí, era forastera, ¿no?

—Sí, pero tenía negocios, ayer tarde debió verse con gente. Prometió almorzar conmigo y no apareció.

—Ya. Pero no te contó lo que hizo.

—No, desgraciadamente no.

—Hummm... —Apuré el contenido del vaso. El mío ya lo había terminado hacía rato—. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé aún exactamente —me llevé la mano libre a la cabeza—. Me gustaría que te dieras una vuelta por ahí y te enteraras de lo que se cuece. Si se ha descubierto el asesinato, tal vez haya algún otro sospechoso, tal vez se haya descubierto ya al asesino, si no soy yo... y todo esto que me atosiga no sea más que una tonta obsesión.

—De acuerdo. Tienes razón. A lo mejor estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Sí. Y todavía es tiempo de aparecer. Nadie tiene por qué pensar aún que me he escondido —hice una mueca—, a no ser que me crean el asesino.

—Tranquilo. Ricky. Yo averiguaré cómo están las cosas. Volveré dentro de un rato. Recurriré a Bob Stack, ése tiene chivatos entre las huestes de Gunnison...

—Tal vez sospeche que...

—No temas. Ya sabes quién es Bob Stack, él controla a la mayoría de los granujas de Miramar Beach, está enfrente justo de Gunnison. Hasta ahora.

Me quedé allí meditabundo. Esforzaba mi mente tratando de saber qué había hecho exactamente aquella noche, pero era imposible. Llegaba un momento en que me veía desfallecer, ella ya completamente inerte y satisfecha, y no recordaba nada hasta despertar y ver la sangre.

Lo intenté una y otra vez sin ningún resultado positivo. ¡Yo no podía ser el asesino!

—Lo eres —fue lo primero que me dijo Alex Hamilton cuando regresó—. Para la policía ya lo eres. Hay orden de búsqueda y captura.

CAPÍTULO IV

Fue como un mazazo. A pesar de todo, yo abrigaba una esperanza. Ya se sabe que la esperanza es lo último que se pierde. Y Alex había acabado con ella.

—Han encontrado tu encendedor, saben que estuviste con ella, hay testigos, también que no has estado en casa esta noche pasada...

—Se han movido rápidos.

—Sí.

—Pero todo eso no significa que yo la haya matado, no encontrarán huellas en el arma homicida...

—Es suficiente para Gunnison. La versión que corre es que en un acto de locura, tal vez bebido y drogado, la mataste. Ya estuvieron en tu casa. Como no estabas, más se han confirmado en esa teoría.

—No debía haber huido —comencé a echarme atrás de cuánto había hecho.

—Hiciste bien. Nadie te hubiera creído, menos Gunnison. Ni siquiera tú mismo sabes si la mataste. Y sólo hay que verte para darse cuenta en el estado anímico en que te encuentras, sin suficiente confianza en ti mismo, serías incapaz de aguantarle el tipo a Gunnison en un interrogatorio. ¿O sí?

Agaché la cabeza, dándole la razón. Me sentía destrozado interiormente.

—Bien, Ricky, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Qué has pensado durante este tiempo?

Levanté la mirada.

Sólo se me ocurre una cosa: largarme para siempre de Miramar Beach.

—¿Cómo?

—Por carretera será muy difícil. Ni tu coche ni el mío me pueden servir, tomar un autobús, muy lento, podrían atraparme

enseguida... Lo mejor sería el avión, en Salinas hay un aeropuerto...

—Pero son líneas interiores.

—Lo sé. Me basta con escapar de este Estado por el momento, rápidamente. Luego ya veré.

—Pero te buscarán.

—Consígueme una documentación falsa, recurre a Bob Stack, y sácame un pasaje para esta noche, en el primer vuelo que salga para el Medio Oeste, a ese nombre. Por la noche será más fácil, todos los gatos son pardos. Por cierto, tú usas tinte para el pelo, ¿no?

—Sí.

—Déjamelos. Me tintaré el cabello. Y también usaré gafas. ¿Tienes... aunque sean de sol?

—Sí.

—Estupendo.

Alex Hamilton se movió presuroso para facilitarme todo lo que le había pedido.

—Estaré listo para cuando vuelvas.

—Tal vez tarde. Si tienes hambre, en el refrigerador hay alimentos.

—Sí, aunque no tengo ninguna gana. Me conformo con el *whisky*. Alex...

—¿Sí?

Me mordí el labio inferior antes de responder:

—Muchacho, sólo llevo lo puesto, es decir, poco más de cincuenta dólares, no se me ocurrió coger dinero... En fin, tendrás que ponerlo todo de tu pecunio. Ya te lo devolveré.

—Lo imaginaba. No te preocupes. Me hago cargo de todo, Ricky.

—Gracias —dije, emocionado, estrechando con fuerza su mano.

Se marchó y yo me dediqué frente al espejo del cuarto de año a tinter mis cabellos rubios. Quedé muy satisfecho, incluso me cambié el peinado, haciéndome una raya en el lado izquierdo. Por un momento, divertido con mi cambio, me olvidé del asunto.

Pero no tardé mucho en recordarlo, nada más precisé un cigarrillo. El maldito encendedor.

Se me quitaron las ganas de fumar y me puse a curiosear el ropero de Alex. Cuando saliera, necesitaría otra ropa. Si la señora Thompson había hablado con la policía, seguro que también le habría facilitado mi actual vestimenta, pues daba por hecho que me

había visto salir de casa. Tal vez estuviera equivocado, pero lo mejor era no correr riesgos.

Alex era más o menos de mí misma textura física, así que sus ropas prácticamente me venían bien. Había escogido ya el conjunto que iba a ponerme, cuando de pronto, inopinadamente, sonó el timbre de la puerta.

Otra vez brinqué, alarmado, igual que me había sucedido en casa.

Esperé, tenso. El timbre volvió a sonar una, dos, tres veces. ¿Quién sería? Alex no, imposible, llevaba llave. ¿Alguna amistad íntima de Alex? Porque, ¿qué otra persona podía conocer aquel refugio secreto?

Sigilosamente llegué hasta la puerta y observé por la mirilla. Vi a un tipo alto y delgado que se balanceaba inquieto, nervioso. Poseía una tez muy blanca, como si no le hubiera dado el sol en mucho tiempo, unos ojillos crueles y un fino bigote negro sobre el labio superior. Desde luego, no le conocía de nada y no me parecía que pudiera ser amigo de Alex.

El tipo en cuestión me llegó a impacientar. No se marchaba, ya había dejado de apretar el botón del timbre, pero no se marchaba. Miró a todos lados, y luego metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta sacando una ganzúa.

Me estremecí. ¡Aquel tipo iba a forzar la puerta para entrar!

Maldito fuera. ¿Qué clase de sujeto era aquél? ¿Un ladrón? Llamaba, comprobaba que no había nadie en casa y entraba. ¡Pues qué mala hora y lugar había escogido para robar!

¿Qué hacer?

El fulano ya estaba hurgando con la ganzúa, de un momento a otro entraría. Lo lógico en un caso así, era llamar a la policía; pero ¿quién lo hacía en mi situación?

Lo mejor sería esconderse, buscar un sitio donde no miraría un ladrón. Me decidí por el cuarto de baño, ocultándome en la ducha, corriendo la gruesa cortina que no era transparente y por tanto no me delataría, caso de que se asomara el ladrón.

¡Ya estaba en casa! Le oí revolver cosas, abrir puertas y cerrarlas. Sentí que comenzaba de nuevo a sudar copiosamente. Escuché sus pasos al acercarse al cuarto de baño y mi corazón se disparó a latir con gran rapidez y fuerza, notando las palmas de mis

manos húmedas. Cuando abrió la puerta del lugar donde me encontraba, un horrendo nudo se me hizo en la garganta, aguantando la respiración.

Fueron unos segundos dramáticos, espantosos. Luego dio el portazo y le oí alejarse.

Me relajé.

Y ése fue mi tremendo error, porque mis zapatos resbalaron en el húmedo suelo. Aunque no llegué a caer, pues a tiempo me agarré a la cortina, produje el suficiente ruido para que el otro, si estaba cerca aún, hubiera podido escucharlo.

De todas formas, no me moví del sitio. Asomarse podía ser suicida. Ojalá no hubiera oído nada.

No tuve tal suerte. La puerta volvió a chirriar al abrirse. Nuevamente aguanté la respiración, sabiendo que el tipo estaba al otro lado de la cortina. Seguro que escudriñaba cada rincón del cuarto de baño sin ver nada y pronto fijaría la mirada en la cortina... que temblaba ligeramente todavía por culpa del agarrón que le había dado para no caerme.

El corazón estaba a punto de salirse del pecho, la angustia se hizo horrorosa, y todo terminó cuando un rápido manotazo apartó la cortina.

CAPÍTULO V

Me encontré frente al tipo. Ahora empuñaba una automática con silenciador acoplado. Eso me preocupó todavía mucho más de lo que estaba.

—Vaya —exclamó esbozando una sonrisa de satisfacción—. Encontré un pichón.

Hice una mueca.

—Amigo, no tengo ganas de jaleos —dije—. Puede llevarse lo que quiera.

El tipo amplió su sonrisa, incluso dejó escapar por su boca de labios delgados una breve carcajada.

—No me la vas a pegar, pichón. Tú no eres el dueño de la casa, tengo una buena descripción suya.

—Soy un amigo, estaba esperándole, fue a un recado. No tardará en volver.

—Bueno, no me importa. ¿Cómo te llamas?

—Jim. Jim Ellison.

—¿Sí? —había burla en el tono de su voz—. A pesar de ese pelo, creo que eres el gran tipo que la policía busca, ese tal Ricky Lester.

Me quedé de piedra tras esas palabras sorprendentes. Me conocía, y no era un ladrón, ni tampoco un policía. ¿Quién era y qué buscaba?

—Vamos, sal de ahí —me ordenó secamente—. Tienes muchas cosas interesantes que contarme.

Obedecí con un caos en la mente. No lograba asimilar todo aquello, no encontraba explicaciones lógicas. ¿Qué le podía contar al fulano aquél?

Me llevó hasta el amplio comedor, siempre apuntándome con la maldita automática. Estuve atento por si tenía algún descuido —yo era un hombre habituado a la acción y podía aprovechar esa ventaja—, pero no se presentó ninguna oportunidad.

—Siéntate ahí —me señaló una butaca.

Lo hice. Él permaneció de pie, mirándome fijamente, la fea boca del tubo silenciador apuntándome a la cabeza.

—Bien. Lester. Espero que sepas hablar y des las explicaciones pertinentes. Por tu bien.

—¿Quién... quién es usted? —me atreví a preguntarle aprovechando la pausa que había hecho.

—Eso es lo de menos en este momento. Tú preocúpate de responder a mis preguntas y convencerme.

—Creo que está equivocado. Usted y yo no nos conocemos de nada. No podemos tener nada que ver.

—Oh, sí. Tenemos... —Hizo un alto y sonrió—. Mejor dicho, teníamos algo en común.

—¿Qué? —pregunté comenzando a sentir cierto escalofrío por la columna vertebral.

—Elaine Barnes.

Arqueé una ceja.

—Lo siento, amigo. No conozco a ninguna mujer llamada así. ¿Ve cómo está equivocado?

—En absoluto. Puede que no estés informado de la verdad. Ella se hacía llamar aquí Myrna Donovan. La recuerdas ahora, ¿a que sí, pichón?

Me dio el vértigo. Empecé a comprender de qué iba todo aquello, aquel fulano podía ser incluso el auténtico asesino de Myrna y ahora querer terminar la obra. Claro que, ¿por qué no lo había hecho antes? ¿Era él verdaderamente?

—He tenido que moverme muy rápidamente entre el hampa local para saber de ti, pichón, es bueno tener contactos en todos lados, allá donde vayas —me explicó—. Me hablaron de la gran amistad que te unía al tal Alex Hamilton y de lados casas de éste, la vieja y la moderna oculta. Pensé que podías estar conchabado, o él saber algo de ti... o tal vez tener escondido aquí el dinero, por eso entré al creer que no había nadie, como anteriormente hice en la otra casa.

—¿El dinero? —pregunté como un idiota.

—Sí, el dinero.

—¿Qué dinero?

—Vamos, no te hagas el tonto —se alteró dando unos pasos

hacia mí. Ese tema debía ser muy importante para él y era capaz de hacerle perder la serenidad—. ¿Dónde está el dinero, pichón?

—No sé de qué me habla.

—Hablo de un cuarto de millón de dólares. ¿Dónde está escondido?

Otra vez me dio el vértigo. Eran demasiadas sorpresas para mí en un mismo día.

—Sé por mis contactos de aquí que la policía no lo encontró. Supongo que tú quisiste hacer el gran negocio, pichón. Pero te ha salido mal porque yo he dado contigo antes de que emprendieras el vuelo. ¿Dónde está?

—No sé...

Dio otro paso y farfulló:

—¿Quieres que te desgracie, estúpido?

Su mano armada se movió muy aprisa. Fue vista y no vista. De pronto sentí un vivísimo dolor en una mejilla que luego se extendió a toda la cabeza, por obra y gracia del tubo silenciador.

El tipo se envalentonó, creyéndome completamente en sus manos. Pero un hombre como yo, acostumbrado a toda clase de golpes, y mucho peores que el recibido, tiene un gran poder de recuperación.

Esta vez no me cogió de sorpresa. Le atrapé, tras abalanzarme inopinadamente sobre él, y nos enzarzamos en un duro cuerpo a cuerpo, ambos con la mirada fija en el arma que oscilaba todavía en la diestra del fulano.

Conseguí girar violentamente su muñeca, soltó un gruñido no tuvo más remedio que dejar caer la automática. A pesar de eso logró colocar su puño izquierdo en mi rostro, acompañándolo de un insulto. Me fui hacia atrás y él se movió para recoger el arma caída, pero muy a tiempo le hice la zancadilla y perdió el equilibrio.

Caí sobre él cuando ya se arrastraba hacia la automática. Dimos un par de vueltas, muy unidos, piernas y brazos mondos desesperadamente, tratando de alcanzar al otro. Uno de sus golpes me envió precisamente hacia donde se encontraba la pistola. Él se dio cuenta de lo que iba a suceder y echó a correr locamente hacia la salida.

Le apunté, gritando:

—¡Quieto!

Pero no me hizo el menor caso y yo me sentí incapaz de apretar el gatillo.

Se largó y a mí sólo se me ocurrió mirarme en el cercano espejo.

¿Podía ser yo un asesino? me pregunté. No había sido capaz de disparar. Pero entre el alcohol... me apuntó una maldita vocecilla interior.

No, yo no era el asesino. Además, de pronto había aparecido algo inesperado y extraño: el tipo aquel del bigote y la faz blanca como la leche y su pretensión del cuarto de millón de dólares. No buscaba a Alex, sino a mí. Y decía que yo debía tener esa cantidad. ¿Por qué razón? ¿De dónde había sacado esa descabellada idea? ¿Tenía que ver con Myrna Donovan... que ahora resultaba llamarse Elaine Barnes? ¿Ella era la dueña del dinero? ¿Por qué utilizaba otro nombre? ¿Qué significaba todo aquel embrollo?

Demasiadas preguntas para lo poco que yo sabía. Y no quería empezar a hacer suposiciones porque terminaría loco perdido, sumergido en una serie de hechos que podían acabar enviándome a un presidio para el resto de mis días.

Sólo había una cosa cierta: no podía continuar esperando a Alex Hamilton allí. Aquel tipo podía regresar armado, incluso acompañado de más gente, o denunciarme a la policía, aunque esto último lo creía poco probable. El fulano parecía actuar por su cuenta y riesgo, de una forma poco legal. ¿Qué relación podía tener con Myrna Donovan, o Elaine Barnes como él la había llamado?

¡Al diablo! No debía seguir por ese camino, debía dejar a un lado el asunto, olvidarme por completo de él, no enredar me con la madeja.

Por ejemplo, también la policía podía aparecer por allí. Si el tipo aquel había conseguido obtener la pista del nuevo refugio de Alex, Gunnison no se le podía quedar a la zaga. Allí corría peligro. Debía marcharme cuanto antes.

¿Adónde? Daba igual, a la calle, al campo, a los espacios abiertos. La casita de Alex se podía convertir en mi propia tumba. Ya desde fuera trataría de ponerme en comunicación con Alex para saber si había conseguido los papeles y el pasaje de avión. Y nos citaríamos.

Fui al dormitorio de Alex y rápidamente me cambié de ropa, vistiéndome con el conjunto que ya había escogido poco antes de

que sonara el timbre de la puerta. Me coloqué las gafas de sol y me miré en el espejo. Podía despistar si no se fijaban mucho en mí, si las personas que se cruzaban en mi camino no eran íntimas, de trato asiduo. Me di ánimos diciéndome una y otra vez que todo saldría bien.

Y además ahora tenía una pistola.

La sopesé, preocupado. Si me veía en apuros y tenía que usarla, ¿lo haría verdaderamente? ¿Hasta qué punto iba a ser capaz? Desde luego, sería una dura prueba. Pero no me consideraba un asesino, pese a todo.

Finalmente me la echa al bolsillo de la chaqueta y me encaminé hacia el teléfono para anotar en un papel el número. Sabía de memoria el de la otra casa de Alex, pero no éste. Tenía todo el tiempo del mundo para llamarle de vez en cuando, desde cualquier cabina telefónica en la calle. Esperaba localizarlo antes de que llegara la noche.

Se me ocurrió consultar el reloj de pulsera. Eran ya cerca de las doce del mediodía, la hora del almuerzo, pero no tenía ningún apetito. Alex había hablado de alimentos en el refrigerador. Daba igual. Sólo ansiaba salir de allí.

Por fin pisé la calle, bajo un espléndido sol californiano. El día era magnífico, ideal para los turistas, pero a mí el terror me tenía agarrotado. Apretaba la culata de la pistola en el bolsillo. Miré a todos lados, receloso. Finalmente me decidí a caminar, sin poder quitar de mi mente la idea de que mil pares de ojos malignos me vigilaban. Yo era un hombre acusado de asesinato, buscado por la policía. Miramar Beach, para mí, había dejado de ser un paraíso para convertirse en una especie de jaula de la que debía salir lo más rápidamente posible, antes de que aseguraran todos los barrotes.

Como tenía prisa por alejarme de aquella zona, sentía cierta aprensión, al ver un taxi lo detuve súbitamente, subiendo con gran rapidez a su interior. Supuse que eso podía sorprender a mis posibles vigilantes.

Comenzaba a obsesionarme y eso no me gustaba nada. Me clavé las uñas de una mano en la palma de otra, a ver si el dolor desbloqueaba mi mente.

—¿Se encuentra mal, señor? —se interesó de pronto el taxista, a quien había dado una dirección cercana al Highland Park nada más

subir.

Me había recostado en un ángulo del asiento trasero, procurando que me viera lo menos posible por el espejo retrovisor, la cabeza gacha.

Respingué ante su pregunta, contestando rápidamente:

—Sí, sí... Me duele la cabeza...

—Lo siento, señor.

—Se me pasará.

No dijo ya nada más hasta llegar al lugar indicado. Entonces me cantó la cantidad y yo se la aboné. Únicamente llevaba encima los cincuenta dólares y pico, que ahora se quedaron en cuarenta y nueve con cincuenta centavos.

—Que se mejore, señor.

—Gracias.

Me alejé de él antes de que se fijara más en mí. Mis pasos los encaminé hacia el cercano parque por dónde estuve paseando un buen rato, sin dejar de observar mi alrededor, mi espalda, toda la gente que me cruzaba. No vi nada sospechoso, parecía un día cualquiera, soleado y plácido, sin mucho tráfico rodado como era habitual en Miramar Beach, pero sí con muchos hombres y mujeres que no parecían hacer nada en especial, disfrutando de la paz del lugar. Los comercios, como siempre, bullían de gente. Pero mis ojos no lograron distinguir ningún policía por aquellos lares.

Sí que me fijé en el teléfono público que había en la esquina con Pleyton Street. Llegué a él caminando con normalidad, sin apresuramiento, introduje unas monedas y probé primeramente con el domicilio habitual de Alex. Nadie contestó. Luego con la nueva casa. Tampoco.

Era demasiado pronto, pero yo estaba muy nervioso. Creía ver enemigos por todas partes. Tenía el presentimiento de que el cerco se estrechaba.

Un hombrecillo que vendía perritos calientes pasó cerca de mí arrastrando su carro pintado de blanco y un toldo listado en rojo. A pesar de no tener hambre, o creer no tener hambre, noté cómo mis glándulas salivares actuaban. Me decidí a detenerle y comprarle un par.

Los deglutí con cierta voracidad. Luego volví ansioso a la cabina y telefoneé de nuevo. Mientras escuchaba el sonido de llamada una

y otra vez, insistentemente, sin que nadie descolgara al otro lado del hilo, mi mirada se fue a la acera de enfrente. Una mujer caminaba por ella, acompañada por un par de hombres con los que charlaba animadamente, en dirección a Washington Square.

Mi corazón dio un brinco porque la mujer no era una más de las muchas que pasaban por allí. No al menos para mí. Colgué el auricular bruscamente, perdido de repente todo interés por Alex. Yo la conocía. Ni siquiera me había acordado de ella en estas últimas horas y podía tener su importancia porque era el único nexo de unión a Myrna Donovan —o Elaine Barnes—, que yo conocía.

En efecto, era aquella muchacha pelirroja que yo había visto en la terraza del Golden Bar.

CAPÍTULO VI

No lo pensé serenamente. Llevado por un impulso, salí precipitadamente tras ellos, procurando no llamar en exceso la atención. Melchior Street era una calle bastante populosa, sede de los principales edificios comerciales de la localidad, que iba a morir a Washington Square donde se encontraban el Ayuntamiento, la Jefatura de Policía, Correos y demás estamentos oficiales.

Mientras caminaba tras ellos, confundido entre la riada de gente que transitaba por Melchior Street, me pregunté cómo no había pensado en ella antes. Pero obsesionado por mi culpabilidad... De todas formas, lo mío no era jugar a policías. ¿Por qué no me olvidaba y continuaba tratando de localizar a Alex? ¿Qué iba a conseguir con aquello, únicamente crearme problemas, tal vez tejer mi propia perdición?

Antes de que me respondiera de una forma consciente, les vi detenerse frente a un monumental edificio. Era el Coast Building, repleto de oficinas. Había estado en él un par de veces por asuntos relativos al seguro del coche. Uno de los tipos empujó la puerta y le cedió el paso a la chica, luego entraron ellos dos.

Dejé correr unos segundos y enseguida penetré yo. Ellos ya no estaban en el *hall*. El conserje me miró fijamente. Eres un loco, me dije.

A pesar de la inquietud que me embargaba, logré componer una sonrisa bastante aceptable. Y me quedé viendo en qué planta se detenía la lucecita amarilla que ascendía lentamente por el panel.

—¿Adónde va, señor? —se decidió de pronto el conserje a preguntarme.

Traté de aparentar naturalidad al responder:

—A la Milton Insurance.

—Bien, señor. Planta sexta.

—Lo sé. Gracias.

—El otro ascensor está libre desde que llegó, señor —observó con sequedad.

—Oh, gracias —abrí la puerta. Ya se habrá detenido al otro: octava planta—. No me había dado cuenta —mentí antes de desaparecer.

Apreté el botón de la sexta y allí me apeé. Luego subí por las escaletas hasta la octava.

No tuve ninguna duda porque toda la planta estaba dedicada a las oficinas de una compañía especializada en la asesoría de inversiones. Inmediatamente pensé en el dinero, el cuarto de millón de dólares que había nombrado aquel tipo extraño que había aparecido sorpresivamente en la casa de Alex.

Luego empecé a pensar en la chica pelirroja. ¿Qué sería: una empleada, una cliente...?

Para obtener la respuesta sólo había una solución: entrar. Pero ¿no sería meterme en la boca del lobo? A lo mejor ya tenían noticias de lo sucedido, podían reconocerme... También podía ser la prueba de fuego que necesitaba para recobrar un poco la confianza en mí mismo. Si lo hacía bien...

No sé cómo, pero lo cierto es que di el paso decisivo. Es decir, empujé la puerta vidriera y entré. Me encontré en el vestíbulo, frío y poco acogedor, con una rubia pintarrajeada que me miraba con cierta curiosidad.

—¿Señor?

Hice una mueca, sintiéndome incómodo.

—¿Busca algo, señor?

—Verá... —Hice otra mueca, pensando rápidamente—: estoy tratando de localizar a una persona y... y...

—Me temo que se ha equivocado, señor. La agencia de detectives está en la planta de encima.

—No, es una cosa personal, ¿sabe usted, señorita?

Ella parpadeó.

—No le entiendo, señor.

—Trato de saber de una amiga, eso es... Mi amiga era recién llegada a Miramar Beach y tuvo contacto con una señorita pelirroja, joven, atractiva, que tiene relación con ésta, compañía...

—Ah, Lucille Carson.

—Sí, creo que así se llama. ¿Podría verla?

—Acaba de regresar de almorzar. Espere un momento.

El corazón me dio un brinco al escuchar las primeras palabras.
¡Era ella! ¡Estaba en el buen camino!

La rubia descolgó el auricular, metió una clavija y estableció la comunicación.

—Lucille... Aquí hay un señor que quiere verte... —Me miró y preguntó—: ¿Cómo se llama usted?

—Frank. Frank Morton.

Ella lo repitió, agregando:

—Dice que se trata de algo personal. ¿Puedo hacerle pasar...? Sí, vale...

La rubia colgó y me dijo:

—Vaya por el pasillo de la derecha. Tercera puerta.

—Muchas gracias.

Caminé lentamente entre pensamientos contradictorios. Por un lado quería seguir adelante, por otro dar marcha atrás y salir corriendo. Me vi frente a la puerta.

LUCILLE CARSON

Asesora

Tomé aire, golpeé con los nudillos en la puerta y una agradable voz femenina me invitó a pasar.

Nada más cerrar la puerta a mis espaldas, nuestras miradas chocaron casi violentamente. Temblé un instante, quedándome muy quieto.

—Pase, señor Morton —dijo, poniéndose en pie y alargando su mano derecha.

Se la estreché. Vista desde tan cerca, me pareció soberanamente hermosa. Tenía unos ojos grandes, rasgados, color aguamarina.

—Siéntese, por favor.

Lo hice, azorado. Maldito si sabía qué tenía que hacer. Todo era improvisado, tanto que el miedo me carcomía. De todas formas, podía empezar a dar gracias. Ella no parecía reconocerme.

—¿Y bien?

Me humedecí los labios con la lengua. No tenía más remedio que seguir adelante con aquella locura y confiar en que no hubiera llegado allí la noticia.

—Soy amigo de la señora Donovan —respondí—. Myrna

Donovan.

Lo mejor era ir al grano directamente, pasara lo que pasase. Me quedé esperando una reacción violenta, la mano aferrada a la culata de la pistola.

Pero nada sucedió.

—Oh, sí, ese nombre me suena de hace poco —buscó entre los muchos papeles que poblaban su mesa—. Sí, aquí está.

—Cliente suya —aventuré.

—En efecto.

Suspiré aliviado.

—Cómo ya le he dicho, soy amigo suyo.

—¿Y qué desea exactamente, señor Morton? ¿Está interesado en inversiones?

—No, no... Ocurre lo siguiente... Lo que verdaderamente me interesa es el paradero de mi amiga...

—¿Cómo? —Arqueó una de sus depiladas cejas.

—Vera usted... —Tragué una vez más saliva con dificultad. Me daba la impresión de estar avanzando por un pantano—. Ella ha desaparecido.

—¡Oh! —se sorprendió por la noticia.

—Eso me temo, sí. No sé nada de la pobre Myrna desde ayer mañana.

—¿Lo ha denunciado a la policía?

Me lo pensé. Pros y contras.

—No —me decidí—, todavía no. Primero quiero estar seguro de su desaparición. Es por lo que estoy aquí.

—Ya.

—Tengo entendido que se entrevistó con usted en la terraza del Golden Bar.

Ella no mostró ningún asombro. Le debió parecer normal que siendo amigo lo supiera.

—Así es. Nos citamos allí anteayer.

—Myrna me habló algo de eso. Es por lo que sabía de usted. Y he venido acá con la intención de informarme más detalladamente sobre sus últimos pasos.

Ella revisó los papeles.

—Desde luego, tenía que haber venido hoy también para formalizar el asunto de los bonos.

—¿Qué bonos? —me interesé al momento.

La pelirroja me miró con cierta fijeza.

—¿No le habló de ello?

Me di cuenta de la precipitación cometida, pero era ya demasiado tarde.

—Bueno, me habló de unas inversiones —improvisé una vez más —, pero no especificó.

—Creí que eran amigos.

—No en el sentido íntimo —forcé una sonrisa—. Nos conocimos durante el viaje hacia aquí.

—¿Es usted también del Este?

—Sí. ¿Qué hay de esos bonos? —agregué enseguida para que no siguiera por ese camino.

—Estaba interesada en invertir su dinero. Buscó asesoramiento en nuestra empresa. Yo le recomendé los bonos del Banco Foreman. No hay prácticamente riesgo...

—Ajá. ¿Cuándo tenía que venir hoy?

—Tenía cita a las once.

—Muy extraño. ¿Ayer la vio usted?

—Sí. Estuvo aquí para tratar más ampliamente los temas. El primer día yo tenía mucho trabajo en la calle y por eso sólo le pude ofrecer una cita al mediodía en un bar, únicamente para conocernos y saber qué quería exactamente.

—¿Había algún otro asunto en cartera?

—Tenía que proporcionarle referencias sobre parcelas. Al parecer estaba también interesada en hacer otra inversión en terrenos.

—Sí, sí... —dije por decir algo.

—Precisamente le recomendé la urbanización Planet. Es un sitio que se revaloriza a pasos agigantados.

Había oído hablar de la Planet. Era una urbanización creada al oeste, en la carretera a Salinas, sólo al alcance de los dioses. Myrna Donovan —o Elaine Barnes—, debía chorrear dinero. De inmediato pensé nuevamente en el cuarto de millón de marras. ¿Era de ella? ¿Por eso lo buscaba el tipo aquel en mí? ¿Creía que la había matado para robarle?

Las cosas comenzaban a tener una cierta explicación.

«Cuidado, Ricky —me dijo mi vocecilla interior—, no te dejes

atrapar por el asunto, acabarás mal».

—¡Eh! —Chasqueó dos dedos ella.

—Oh, perdone. Estaba pensando en todo esto, cada vez estoy más sorprendido...

—Yo de usted iría a la policía, señor Morton. Es muy extraño que no la haya visto ni haya aparecido por aquí, al menos podía haber avisado telefónicamente...

—Sí, sí... Entonces, ¿ya no volvió a saber de ella?

—No, señor.

—¿Sabe lo que pensaba hacer al marcharse de aquí?

—Recuerdo que consultó la hora. Y comentó que aún tenía tiempo para hacer una visita a la urbanización.

—¿Tenía una cita?

—Eso me pareció.

Esa cita tenía que ser la mía. El almuerzo. Pero algo la había hecho dejarme a un lado. Recordé algunas de sus palabras, sobre los negocios y lo bien que le habían ido las cosas, cuando nos vimos por la noche, pero era tan poco...

—¿No recuerda algún otro detalle?

—No.

—Bien —apreté los labios—. Gracias por todo. Trataré de averiguar en esa urbanización.

A qué mala hora se me ocurrió decir eso.

—Yo puedo acompañarle —se ofreció, dejándome más rígido que un palo de base-ball

—. He de ir allí para hablar con el gerente de aquello. La cita es a las cuatro y ya van a ser. Podemos ir juntos, señor Morton.

—Pues...

—En un momento estoy lista.

Se puso en pie para buscar su chaquetón y su bolso de mano, sin dejarme decir nada más. Maldito fuera, todo se estaba complicando. ¿Por qué la había seguido? ¿Por qué había entrado allí? ¿Acaso pensaba que aquella pelirroja podía tener algo que ver con la muerte de Myrna Donovan-Elaine Barnes? Tonterías. Ya estaba claro. La rubia del Este traía dinero en abundancia, el cuarto de millón posiblemente, y quería invertirlo, por lo que recurrió a la tal Lucille Carson. Y nada más.

Sí, sencillo, claro, diáfano, pero eso no lo sabía antes de entrar allí a jugarme el pescuezo. Y ahora tenía que afrontar las consecuencias. Por otro lado, no podía dejarme arrastrar. Sólo iba a conseguir enredarme cada vez más en la maldita tela de araña.

Tenía que dejarlo, enviar al diablo las horas desconocidas de la rubia en Miramar Beach durante el día pasado, ponerme en comunicación con Alex Hamilton y tratar de escapar de allí. Sólo cuando me encontrara a mil millas de Miramar Beach me encontraría casi seguro.

—Vamos, salga —me incitó, la puerta abierta, esperándome—. ¿Qué le pasa?

Sacudí la cabeza y salí. En el ascensor me sentí incómodo con su penetrante mirada.

—¿Sabe que tengo la impresión de haberle visto antes de ahora, señor Morton? —me comentó con una dulce sonrisa pintada en sus carnosos labios.

Sólo me faltaba eso. Las piernas me fallaron.

—No.

—Pues sí —amplió su sonrisa. Parecía divertida con aquel mego que a mí me hacía sudar.

—Imposible —traté de que mi voz no se quebrara—. Ya le dije que acabo de llegar a Miramar Beach.

—Su fisonomía me es familiar, pero así moreno...

Al menos el disfraz no era malo del todo, daba resultado, eso me tranquilizó hasta la calle, no sin antes procurar despegarme de ella, al salir del ascensor, durante el cruce del *hall*, para que el conserje no sospechara al verme. Le podía resultar extraño que, habiendo ido a la compañía de seguros, bajara charlando con una empleada de la compañía especializada en asesoramiento de inversiones.

A mí aún me quedaba una baza para escapar sin llamar la atención de momento.

—Bueno, ya nos veremos allí —dije ante su coche, un «Jaguar» biplaza—. El mío lo tengo dos calles más abajo. No encontré sitio por aquí.

—Olvídelo.

—¿Qué? —Me salió un gallo en la voz.

—Le llevo en el mío, señor Morton. Usted es un extraño en este lugar, no puede saber ir allí, tal vez se pierda. Será mejor que venga

conmigo.

—No... —balbuceé.

—Luego le regresaré aquí. Venga.

Estuve a punto de gritarle que era un asesino y que quería largarme de una condenada vez, ¡que ya estaba harto de aquel juego que yo mismo había iniciado!

Pero era como sufrir de vértigo y mirar hacia el fondo del pozo. Me vi sentado junto a ella en su coche e iniciamos la marcha.

Yo no era un loco, como había pensado unos minutos antes. Peor todavía. Era un kamikaze.

CAPÍTULO VII

Iba derecho hacía mi perdición, atraído por un cierto magnetismo que emanaba a la vez del propio asunto y de la muchacha. Presentarse en la urbanización Planet era como jugar con fuego, ofrecer más posibilidades para ser reconocido, pero por otro lado podía tener noticias de los siguientes pasos de la mujer rubia que había conocido bajo el nombre de Myrna Donovan. ¿Por qué no lo dejaba a la policía? Ya se encargaría Gunnison, aunque hasta el momento presente estaba demostrando ser bastante lento comparado conmigo. Todo eran reproches, pensamientos contradictorios, tiras y aflojas conmigo mismo.

Y el potente «Jaguar» de Lucille Carson continuaba avanzando hacia la urbanización, habiendo dejado atrás ya el casco urbano de Miramar Beach.

Ella apartó su diestra del volante y conectó la radio. Sonó de inmediato la música de los Bee Gees, su canción titulada Tragedy. No sé si sería una premonición. De todas formas, me relajé un poco.

Pero no mucho porque en cuanto terminó la canción, un locutor anunció el boletín de noticias.

Mi mano derecha se movió rauda para cambiar la emisora.

—¡Eh! ¿Qué hace? —protestó ella.

—Prefiero la música, si no le importa.

—Bueno —accedió.

Encontré otra emisora que estaba radiando música *rock* del desaparecido y todavía en candelera Elvis Presley. Ella se puso a tararearla mientras conducía, feliz y radiante, como si nada pasase.

La hubiera matado.

Aquel súbito pensamiento me estremeció. ¿Acaso había tenido alguna sensación parecida ante Myrna Donovan y la...?

No, no y mil veces no. Yo no era culpable. No podía serlo. Tal vez tuviera algo que ver el tipo aquel del bigote, él sabía de mí y

del dinero. Pero ¿si la mató por el dinero, como es que no lo tenía y lo andaba buscando como un desesperado? ¿Cómo entonces se marchó del lugar del crimen sin tocarme, sin siquiera interrogarme? Era bastante incongruente.

Por tanto, era más lógico pensar que otra persona la había matado por el dinero. Sí, el dinero me parecía el móvil ideal. Por un cuarto de millón de dólares habría colas de asesinos, seguro. Y el tipo del bigote podía ser un amigo de ella, alguien que la conocía muy bien, por eso sabía su otro nombre y la existencia del dinero, y creía como la policía que yo era el culpable y por tanto tenía el cuarto de millón de marras.

Claro que el dinero podía haberlo ingresado en un Banco, por ejemplo, o haberlo dejado en manos de la propia compañía de Lucille Carson.

—¿Le dio dinero? —pregunté de pronto.

—¿Cómo dice?

—Si Myrna Donovan le adelantó dinero para esos bonos...

—No, todavía no.

—¿Y cuánto pensaba invertir?

—Cien mil.

—Oh.

—¿No lo sabía?

—No.

Ella continuó mirando hacia adelante, impregnada de la música *rock*. Yo pensé: si el asesino había matado a la rubia para robarle y no era el tipo del bigote, tenía que ser otra persona que conocía la existencia del dinero, al menos que Myrna Donovan era una mujer muy rica. ¿No podía ser ella, Lucille Carson? La miré mejor. No parecía más que una emprendedora, atractiva y feliz muchacha. Si era ella, ¿cómo es que no me había reconocido? Me debió observar a su gusto a noche pasada, al cometer el asesinato. Incluso había tenido el detalle de colocarme la botella en la mano.

No, no podía ser. Me estaba dejando llevar de nuevo por la imaginación. Pero ¿y si era? Si era, me estaba llevando la corriente para conducirme a una trampa.

Una vez más comencé a sudar. Odié mi cerebro. O sea, mi cerebro se odió a sí mismo. Ahora empezaba a comprender mejor los casos de obsesión, de manía persecutoria... Una vez creas el

círculo vicioso, estás perdido.

—Ahí está —dijo ella, cortando en seco todos mis pensamientos atormentadores.

Era cierto. Ya habíamos llegado. La urbanización Planet se levantaba sobre unas suaves colinas, verdes y hermosas, un poco a imitación de las Beverly Hills de Los Ángeles. Sólo tenía que observar los lujosos chalets de las cercanías para saber que aquello no era para mí, pero sí era lo idóneo para una persona con un cuarto de millón de dólares.

La pelirroja detuvo el coche en la concurrida playa de estacionamiento que había frente a las oficinas. Numerosos carteles de propaganda hablaban de las últimas parcelas y casas que quedaban por vender. ¡No desaproveche su ocasión!

Comencé a sentir miedo al ver a tanta gente por los alrededores. Eso me hizo abrir la portezuela sin fijarme que en aquellos momentos una mujer iba a subir al «Bentley» aparcado junto a nosotros.

Le di un buen golpe, ella profirió un gemido y el chófer actuó airadamente, gritándome:

—Pero ¿es que no tiene ojos, imbécil?

Temí ser el foco de atención de todo el mundo y me precipité a ser amable para que aquel incidente no trascendiera. Me agaché y tomé el bolso de la mujer, el cual había caído al suelo, para entregárselo.

Era una señora mayor, alta y delgada, de rostro avinagrado. Cogió el bolso mirándome de mala manera.

—Lo siento —dije.

Me dio la espalda y subió al coche. El chófer cerró la puerta, me dirigió una despectiva mirada y subió a su asiento. Yo me alegré de que la cosa no hubiera ido a mayores.

La pelirroja ya me esperaba junto a la entrada y fui tras ella como un borrego. Me sirvió de pase de favor, pues todo el mundo parecía conocerla. Por tanto, me libró de preguntas molestas.

—Le presentaré al señor McGregor.

McGregor, el gerente de aquel negocio urbanístico, era un hombre de mediana estatura, de unos treinta y cinco años. Peinaba unos bien recortados cabellos castaños y poseía unas facciones angulosas, con unos ojos claros, azules, muy llamativos. Nada más

ver a Lucille se agarró a su mano, dejando escapar por su boca una gran palabrería admirativa hacia la muchacha.

—El señor Morton —me presentó ella, y así consiguió desprenderse de él.

Nos estrechamos la diestra fuertemente.

—¿Te acompaña o desea algo en particular? —preguntó sin dejar de observarme.

—Me gustaría que le ayudaras, McGregor.

—Sabes que estoy siempre a disposición tuya, pequeña.

Ahora venía otro momento crucial. En cuanto ella hablara, podía estallar Troya.

—Es amigo de una clienta mía, una tal Myrna Donovan, a la cual recomendé ésta, urbanización. Resulta que no tiene noticias de ella y cree que ha desaparecido. Al parecer, esa mujer tenía intención de venir aquí.

—¿Myrna Donovan?

—Sí —di una cabezada, notando cómo se aceleraba mi corazón—. Me gustaría saber si llegó a este lugar, y en caso afirmativo, qué hizo.

—Myrna Donovan, Myrna Donovan... —murmuró pensado. La espera se me hacía angustiosa. Me lo imaginaba salando de pronto al grito de: ¡Policía! ¡Policía! ¡Un asesino!

—¿Qué? —pregunté, ansioso.

—Ah, sí; creo recordar. ¿Una mujer de unos cuarenta, todavía, bastante atractiva aún...?

—La misma.

—Sí, estuvo aquí ayer al mediodía. Sí, sí. Ése era su nombre. Ahora lo recuerdo bien. Myrna Donovan.

—Oh, magnífico —exclamé, más porque no sucedía nada anormal. La noticia del asesinato no parecía haber trascendido mucho.

—Estuvo hablando un momento conmigo.

—¿Le dijo adónde iba después?

—Se la pasé a John Clark, uno de nuestros más expertos vendedores para que él le informara detalladamente de cuanto quisiera —forzó una sonrisa—. Yo no me ocupo de esas cosas, comprenda. Y no volví a verla.

—Al señor Morton le gustaría hablar con John Clark —se

precipitó la pelirroja. Yo no dije nada porque estaba resignado con mi suerte, no era otra que seguir adelante como un suicida—. Mientras tú y yo podemos charlar sobre el asunto que tenemos pendiente.

—Perfecto —asintió McGregor, muy satisfecho de quedarse a solas con ella.

Seguidamente llamó por el interfono a una de sus secretarias para que me acompañara de inmediato al lugar donde se encontraba el tal John Clark, en la zona 2 Oeste, atendiendo a un posible grupo de compradores.

—Dígale de mi parte que le conceda unos minutos al señor Morton.

—Sí, señor.

Me fui con la chica, servicial pero poco comunicativa, en uno de los utilitarios de la empresa.

Cuando llegamos al lugar, me entró pánico. Allí había al menos una docena larga de personas. Iba a estar expuesto a todas ellas. Alguien podía reconocerme. Nuevamente busqué el contacto frío de la culata de la pistola.

La secretaria de McGregor llamó a John Clark. Resultó ser un tipo joven y dinámico, bien parecido, vestido con un impecable traje de chaqueta, que parecía sacado de uno de esos típicos y tópicos anuncios de periódico.

Pero se mostró amable.

—Ella estaba interesada más en las parcelas que en los chalets —me informó, una vez fue puesto al tanto por la secretaria del gerente. Recordaba perfectamente a Myrna Donovan—. Me comentó que así se podía hacer la casa a su gusto. Estuvimos en la zona 3 Este, allí no hemos edificado y vendemos los terrenos únicamente. Lo estuvo viendo todo. Y la impresión que me dio fue que le maravilló el lugar.

—¿Sólo hablaron de eso?

—Sólo. Las condiciones de venta...

—¿Cuánto vale una de esas parcelas? —me interesé.

—Oscilan entre ochenta y ciento veinte mil dólares.

Iba dando la suma.

—También le preocupaba la clase de vecinos. Le dije que era de lo más selecto y variado, desde una actriz de la categoría de Sharon

Ellis hasta uno de los concejales más sobresalientes de Miramar Beach como James Bradbury, todos se están haciendo allí sus casas. Precisamente con este último nos cruzamos y yo le indiqué quién era.

—Ya. ¿Le dijo qué pensaba hacer?

—Tenía que meditarlo.

—Me refiero a lo que iba a hacer después de estar aquí...

—Oh, no. Ni yo me interesé. Los asuntos particulares de los posibles clientes no son de mi incumbencia.

—Sí, sí, lo comprendo, pero como ya sabe que ha desaparecido, pues...

—Claro, lo entiendo. Sólo puedo decirle que se despidió muy amablemente, dándome las gracias. Eso sí, en un par de ocasiones la vi consultar la hora como si tuviera prisa, posiblemente una cita...

Todo concordaba, pero ella no había acudido a la cita. ¿Y si a lo mejor la cita era con otra persona?

Le di las gracias y me fui con la secretaria del gerente de vuelta a las oficinas. Por el camino no cruzamos ninguna palabra, seguía tan silenciosa como antes, lo cual me pareció muy bien. No tenía ganas de rollo.

Lucille Carson ya se encontraba fuera, esperándome. Me despedí de la secretaria de McGregor y subí al «Jaguar».

—¿Cómo le fue? —me preguntó mientras colocaba la llave del encendido.

—No he aclarado nada.

—Lo lamento.

De pronto, estallaron unas sirenas policiales que me pusieron los pelos de punta. Y vi aparecer dos autos que venían hacia nosotros a todo gas.

CAPÍTULO VIII

Lucille Carson detuvo su mano en la llave, girando el rostro para mirar hacia el este, por dónde venían los coches de la policía.

—¿Qué ocurrirá?

—¡Vámonos! —apremié.

—No. Esperemos. Tengo curiosidad.

Supe que discutir era una pérdida de tiempo, por otro lado tenía el presentimiento de que aquellos autos policiales venían a por mí, alguien me había reconocido y delatado. Saqué la pistola desesperadamente y le apunté.

—¡Vámonos! —repetí, ahora ya autoritariamente.

Ella desorbitó los ojos. Creo que estuvo al borde del desmayo, tal fue su impresión.

—Pero...

—¡Rápido! ¡Rápido!

Le dio al encendido y partió raudamente.

—¡Hacia Salinas! ¡Deprisa!

Miré hacia atrás, los coches de la policía ya llegaban y no parecían haberse fijado en nosotros. Era un coche más que se iba. De todas formas, enseguida tendrían noticias de nosotros y partirían como flechas tras nuestro rastro.

—¿Qué significa todo esto, señor Morton?

—¡No haga preguntas ahora! ¡Preocúpese de conducir y a toda velocidad!

—¡Pero...!

Le puse el cartón en la sien derecha, cortando su protesta. Ella tembló un instante y el coche lo resintió, dibujando un peligroso zigzag.

—¡Coja fuerte el volante, maldita sea!

Las sirenas policiales ya atronaban nuestras espaldas. No habían tardado mucho.

—¡Demuéstreme que es una experta conductora!

—Usted es un fugitivo.

—Lo sabe bien.

—¿Cómo?

—¡Corra! ¡Doble por ahí! ¡Más gas!

—¡Nos vamos a matar!

—¡Hágame caso!

Tomamos un camino vecinal que llevaba a Santa Rita. Había grandes baches y dábamos unos enormes saltos que casi nos hacían tocar el techo con nuestras cabezas. El auto levantaba una gran polvareda y no se veía nada atrás. Menos mal que aquella pseudo carretera era nula en tráfico porque si no posiblemente nos hubiéramos dado un tortazo y habría acabado la fuga.

—¿No quería ir a Salinas?

—Conozco esto bien. Luego viene una desviación hacia la ciudad. ¡No se olvide de tomarla!

Ella obedeció en todo momento, actuando con bastante entereza. Yo me mordía el labio inferior haciendo votos porque los coches policiales perdieran nuestra pista.

No lo conseguimos hasta alcanzar Salinas. La ciudad nos sirvió de hermoso laberinto para despistarlos definitivamente. Me imaginé a Gunnison tragando maldiciones.

Cuando detuvo el coche a una indicación mía, entre otros muchos de un lugar céntrico, preguntó:

—¿Y bien?

Me miró con dureza. Parecía haber perdido todo vestigio de miedo.

—No se haga la loca —le repliqué abruptamente. Estaba enfadado, rabioso. Me desquiciaba no saber cómo iba a terminar todo el maldito embrollo.

—No sé de qué habla.

—Usted me reconoció y denunció. Por eso se quedó a solas con McGregor. Jugó bien su baza.

—Está desvariando.

—No me engaña, ¿sabe? Creo que hasta usted pudo haber matado a Myrna Donovan.

—¡Pero cómo se atreve a...! —Se detuvo como si de pronto hubiera descubierto algo increíble y yo aproveché para continuar

atacando:

—Usted sabía que tenía mucho dinero, que era rica. La mató para robarle. Hay un cuarto de millón en juego.

—¿No me dijo que había desaparecido? —inquirió con un hilo de voz.

—Está muerta. Y alguien quiso cargar en mi cuenta el cadáver. Por ejemplo, usted. Me enredó con mi propia historia y en cuanto tuvo oportunidad, me denunció a la policía.

—No le conozco de nada, señor Morton.

—Sí.

—No.

—Me llamo Richard Lester.

—Eso no me dice nada.

—Ponga la radio y verá.

—¡Alto! ¡Por eso cerró el boletín de noticias! Así que verdaderamente es un criminal.

—Lo hace muy bien, señorita Carson, pero no me va a engañar.

—Y además está loco.

—¿Quiere que realmente cometa una locura? —Hice rechinar los dientes, colocándole la pistola entre los ojos. Me estaba sacando de quicio.

—No sé por qué... habría de conocerle... —Se echó hacia atrás, el temor ya asomando a sus bellas pupilas—, de verdad, señor Morton.

—Ya le he dicho que me llamo Lester, no hace falta que siga haciéndose la tonta. ¿No me comentó en el ascensor que mi fisonomía le resultaba familiar?

—Sí, es cierto, pero no sé de qué...

—Nos vimos el otro día en la terraza del Golden Bar, cuando esperaba a Myrna Donovan...

Achicó los ojos, recordando de pronto:

—¡Oh, usted es el mirón aquel!

—No se haga la sorprendida. Lo sabía. No sé si ha tenido que ver con el asesinato, pero lo sabré. Me reconoció y me denunció en cuanto se vio sola.

—No diga insensateces. ¿Por qué aguantar tanto? Podía haber inventado una excusa antes para llamar a la policía. ¡Yo no lo hice!

—Entonces McGregor, u otra persona de la urbanización, me vio

mucha gente.

—Usted lo ha dicho. Le vio mucha gente. ¿Por qué yo?

—Porque usted también conocía a Myrna Donovan, sabía que tenía dinero y...

—Ese mismo razonamiento se le puede aplicar a McGregor, o a John Clark. ¿Por qué yo?

La miré fijamente, dudando.

—Me quiere engañar —decidí finalmente—. Sabe que si lo reconoce, está perdida.

—¡Le juro que no sé nada! ¿Por qué no me lo cuenta?

Sonreí sin ganas.

—Vamos, señor... ¿cómo dijo llamarse?

—Lester.

—Señor Lester, explíqueme de qué va todo esto. Tengo derecho ya que estoy metida en el lío.

—Tal vez lo sepa mejor que yo.

—¡No insista! —Se violentó a pesar de la amenaza de la pistola—. ¡No sé nada!

—Al diablo, bájese.

—¿Qué va a hacer? —Me miró asustada.

—No podemos estar más tiempo en este coche. La policía lo debe estar buscando. ¡Bájese! ¡Y recuerde que llevo la pistola en el bolsillo!

Obedeció sin rechistar. La tomé con la mano izquierda por un brazo y comenzamos a caminar como una pareja sencilla que está dando un paseo.

—¿Qué se propone? —me preguntó.

—Voy a llamar por teléfono.

La introduje conmigo en la cabina que había una manzana más adelante sin que nada del ambiente exterior que me rodeaba llamara mi atención. Telefonee primeramente al nuevo domicilio de Alex, pero nadie descolgó. Luego probé con su casa de Boston Street y tuve suerte.

—¡Alex!

—¿Ricky?

—Sí, soy yo. ¿Lo tienes todo?

—Acabo de llegar, estuve antes en mi nueva casa. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué te marchaste?

—Ya te lo explicaré. ¿Lo tienes todo?

—Sí. Un pasaje para el avión que despegue rumbo a Las Vegas a las nueve treinta. Desde allí podrás coger el que más te interese, si es que quieres irte más al Este.

—Estupendo.

—No entiendo qué pasa.

—Atiende, Alex. Falta una hora y media aproximadamente para que anochezca. Nos veremos entonces en Crest Hill, a las afueras de Salinas. Conoces el lugar, estuvimos allí hace poco. Es el nuevo barrio en el que están edificando...

—Sí, sí...

—Allí, en el solar de Construcciones Pullman. ¿Te acuerdas?

—Sí. ¿Estás ahí?

—Cerca. Y me encuentro prácticamente acorralado. Las cosas se me han puesto mal. No puedo regresar ahí, ni ganas. Tú lleva cuidado, tal vez estés vigilado. Creo que Bob Stack juega con dos barajas.

—¿Bob?

—Sé lo que me digo. Ya te explicaré. Cuando salgas a la calle, da un par de vueltas antes, a lo loco, y comprueba que nadie te sigue. ¿De acuerdo?

—Okay.

—Dentro de hora y media. Adiós, Alex.

Colgué, resoplando.

—Así que va a huir, ¿eh? —musitó ella.

—Sí.

—¿Y qué piensa hacer conmigo?

—Es un estorbo, pero no puedo dejarla suelta para que siembre la alarma.

Los dos nos encontrábamos muy juntos por la estrechez del cubículo de cristal.

—¿Ya no piensa que soy una asesina?

Le aguanté la mirada.

—No —reconocí—. Creo que en el fondo en ningún momento lo he creído verdaderamente. Pero necesito un culpable para tener mi conciencia tranquila. Todavía yo puedo ser el asesino. Sí, eso es lo que verdaderamente me ocurre.

Gruesas gotas de sudor corrían por mi rostro. Ella alzó su mano

derecha y sus dedos de terciopelo me acariciaron. Sentí un alivio inenarrable, la tensión que estaba sufriendo desde horas atrás pareció desaparecer unos instantes.

—Yo tampoco le creo un asesino —dijo, su mano húmeda por mi propio sudor.

—Gracias —murmuré roncamente.

Y sin saber cómo me la encontré entre los brazos, besándola ardientemente en los labios. Una sombra se proyectó entonces sobre nosotros, alcé los ojos y vi a un policía uniformado que nos observaba con rostro grave.

Me separé de ella bruscamente, la mano ya en el bolsillo, tocando la pistola. Lucille se sonrojó. El policía abrió la puerta y dijo:

—Me parece que éste no es el sitio idóneo para estas expansiones, señores. Por favor...

La miré. Era su gran oportunidad. Ahora podía chillar, denunciarme, escapar. Ella también lo comprendió, pero únicamente dijo:

—Lo lamentamos, agente. Acabamos de comprometernos formalmente.

—Lo celebro —se mostró más cordial, se hizo a un lado y nos dejó salir.

Nos alejamos cogidos del brazo, camino de las afueras de la ciudad.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté.

—Yo jamás miento —me contestó gravemente—. Te dije que creía en ti... ¡y creo!

Nos estábamos tuteando sin darnos cuenta.

—Gracias.

—Supongo que cuando tú besas, tampoco mientes —me miró con cierta fijeza.

Recordé la cantidad de besos que había dado a infinidad de mujeres.

—Esta vez, no.

Alcanzamos Crest Hill quince minutos más tarde, una inmensa colina que estaban transformando en una barriada residencial. Posiblemente un año más tarde todo estaría acabado. Alex y yo habíamos estado allí de visita unas semanas atrás en compañía de

un par de señoras que estaban interesadas en instalarse allí. Eran amigas íntimas en el sentido total de la palabra, pero de vez en cuando les gustaba cruzar a la otra acera, sobre todo si eran jóvenes y bien parecidos como nosotros.

Los obreros ya habían abandonado la construcción por aquel día y el lugar aparecía prácticamente desierto. El sol comenzaba a declinar.

—Bueno, tenemos tiempo —dijo ella tras buscar refugio en la primera planta de un futuro edificio. Desde allí podíamos vigilar perfectamente los alrededores—. ¿Por qué no me cuentas exactamente lo que sucede?

Le hice un extenso relato. Ella quedó muy impresionada.

—Todo es muy extraño —fue su comentario.

—Lo sé. Y también sé que tengo pocas posibilidades. Por eso quiero huir de aquí. Me dejé llevar por tu pista, pero he conseguido tan poco, yo diría que nada, que prefiero escapar de aquí.

—Tal Vez ese hombre del bigote...

—No. Creo que está tan despistado como yo.

Haciendo cábalas sobre el intrigante asunto se nos pasó el tiempo, sin llegar a ninguna clara conclusión. Las primeras sombras de la noche se extendieron sobre el lugar, sumiéndole en una mayor paz. Pronto escuchamos el ruido del motor de un coche que se acercaba. Me asomé.

Reconocí a Alex al bajar de su deportivo. Le hice una seña con la mano y subió.

—Hola, muchacho —saludé, jovial—. ¿Todo bien?

Como respuesta sacó una pistola del bolsillo y me escupió:

—¡Traidor!

CAPÍTULO IX

Alex Hamilton me sorprendió totalmente, dejándome boquiabierto. Presentaba el rostro algo tumefacto, como si le hubieran golpeado. Su mano derecha temblaba al apuntarme.

Volvió a repetir:

—¡Traidor!

Yo balbuceé:

—Aquí... debe... haber una confusión...

Aquella situación me parecía increíble. Alex, mi amigo Alex, apuntándome con una pistola y llamándome traidor... ¡La pesadilla se agrandaba!

—Ninguna —aclaró secamente—. ¡Eres un sucio traidor, Ricky! —Luego miró hacia la pelirroja y preguntó—: ¿Quién es ella: tu amiguita secreta? —No.

—Bien. Es igual. Vayamos a lo que me interesa, ¡dame el dinero! Una chispa brotó en mi cerebro.

—¡Eh! —Respingué—. ¿De qué hablas?

—De un cuarto de millón de dólares. ¡Tú, quieta! —le advirtió a Lucille Carson, la cual pensaba ponerse en pie—. Permanece ahí acurrucada, te vigilo también, recuérdalo.

—Muchacho —dije—, ¿quién te ha contado esa historia?

—¿Creías que me la ibas a pegar? —Escupió al suelo, a mis pies—. Te hiciste conmigo la víctima para que me compadeciera y te ayudara. Lo he comprendido no del todo tarde. El tonto e ingenuo de Alex te proporcionaba todo, incluso ponía dinero de su bolsillo. Muy hábil de tu parte: tú solo eras una pobre víctima. No podía sospechar que realmente la mataste para robarle un cuarto de millón de dólares. ¡Qué gran papel hiciste, amigo Ricky!

—¡No la maté!

—Ahora ya no me engañas, Ricky. Si antes pensaba que podía ser verdad, ahora sé que no.

—Mira, Alex. Estás equivocado. El que te ha informado de todo eso, te ha engañado.

—No creo.

—¡Te digo que sí!

—No.

—Cuéntame la historia.

—La sabes bien, ¿para qué perder tiempo? ¿Dónde tienes el dinero?

—Ni siquiera llevo una valija. Estoy limpio.

—Encima de ti, en billetes de mil. No puede abultar mucho.

—Te equivocas. Yo no sabía nada de dinero.

—¿Por qué huiste de mi casa? Sabías que te perseguía el tipo de Chicago...

—¿Qué tipo de Chicago?

—No te hagas el loco. Sé que tuviste un encuentro con él...

—Oh, el del bigote. Ése ha sido el que te ha convencido...

—Me contó la historia. Myrna Donovan se llamaba en realidad Elaine Barnes y era la amante de un conocido mañoso de Chicago, un tal Rufus Morgan. Se cansó de él y lo denunció a la policía, largándose con un cuarto de millón de dólares de la banda que sabía dónde estaba escondido. Nadie la perseguía porque la policía se encargaría de detenerlos a todos. Pero hubo uno que sí lo logró...

—El fulano del bigote.

—Sí. Ella no lo sabía y por tanto tú tampoco conocías su existencia. Ese tipo se llama Bill Fenton y era el lugarteniente de Rufus Morgan precisamente. He hablado largo y tendido con él, nada más me llamaste tú por teléfono. Se presentó a la brava.

—¿Estáis asociados?

—No. Me costó lo mío —se señaló las marcas del rostro con la mano libre—. Es un tipo duro.

—Lo sé. Él me hizo una visita.

—Sí. Al parecer removió el hampa local, todos los mañosos tienen contactos en todos lados. Gracias a Bob Stack supo de mi amistad contigo y pensó que yo podía saber sobre tu paradero, así que visitó mis casas, por eso conocía mi nuevo domicilio, me lo había proporcionado Bob. Ya no te puedes fiar de nadie. Esto es un asco —escupió de nuevo—. Bob ha estado jugando con él y conmigo, el muy cerdo. Y tú también.

—Alex —dije, tratando de calmarse—. Tienes que creerme. No tengo el dinero. No sé nada de él. ¡Y yo no maté a Myrna Donovan!

—Elaine Barnes.

—Bueno, yo la conocí como Myrna. Es igual. ¡Está claro que el que la mató lo hizo por el dinero, pero yo no lo tengo, por tanto soy inocente!

—No te creo.

—Alex, por favor... —supliqué.

—A mí no me la pegas, Ricky, viejo amigo. En tu historia hay algo tremendo, en lo que se apoya todo el mundo.

—¿Qué?

—Si hubo otro asesino, ¿por qué no te mató a ti y corrió el riesgo de dejarte en libertad?

—Supongo que para darle ya un culpable a la policía. ¿No ves el juego que le estoy dando? Seguro que se está frotando las manos la mar de satisfecho.

—Tienes salidas para todo —me miró con desprecio.

—¡Es la verdad!

—Vamos, ¿dónde tienes la pasta?

—¡No la tengo!

—Ricky —lanzó un suspiro—, no quisiera ser desagradable contigo... a pesar de que te lo mereces.

—Insisto una vez más, no sé nada del dinero.

—Está bien —apretó los labios para luego agregar—: ¡Desnúdate!

—Pero...

—¡Desnúdate! ¡El dinero lo has de llevar encima!

Había decisión en sus palabras y en sus gestos. No tuve más remedio que comenzar a quitarme la ropa. El tiempo era agradable y no sentí mucho frío al quedarme en cueros vivos. La noche cada vez se hacía más oscura.

Alex se hizo cargo del montón de ropa y, sin dejar de vigilarme, empezó ansiosamente a registrarla. Sólo encontró mi pistola, la que le había quitado a Bill Fenton.

Se puso en pie con una mirada de rabia.

—¡Estoy dispuesto a todo, Ricky!

—Nunca te traicioné, Alex.

—Aún queda ella. ¡A ver, tú, muñeca!

—¿Qué? —balbuceó ella.

—¡Desnúdate! ¡Es más fácil pasarlo en una mujer! ¡Tal vez lleses el dinero cosido al sujetador, o en las bragas! ¡Vamos, deprisa, encanto!

Lucille me miró, yo miré a Alex.

—Estás yendo demasiado lejos, Alex —le dije roncamente—. Te acordarás de mí.

—¡Tú eres el que se va a acordar de mí! ¡Vamos, en pie, princesa!

Lucille Carson se levantó de mala gana, comenzando a desabrocharse la blusa. Luego continuó con los zapatos y la falda. Se quedó en ropa interior.

—¡Todo! —gritó Alex.

—No quiero —le desafió ella.

—¡Maldita! —rugió él, cada vez estaba más excitado por no conseguir lo que más deseaba, el dinero—. Pero ¿es que quieres que...?

Fue mi momento, lanzándome en un perfecto *plongeon* sobre él. Recordé los viejo tiempos de stunt-man. Los dos caímos al suelo, dando unas cuantas vueltas, todavía él con el arma empuñada.

Pero fue por muy poco tiempo. Alex Hamilton, a pesar de su presencia física, era un hombre de poca acción, y no soportó mucho mi presa, dejando caer la pistola. Luego no tuve compasión y le crucé el rostro con mi puño un par de veces, así conseguí calmarlo.

Me miró desde el suelo con profundo odio, un labio partido, chorreando sangre.

—Tú lo has querido, Alex. Jamás deseé llegar a una situación tan violenta como ésta.

—¡Cerdo! ¡Cerdo! —Me escupió nuevamente.

—Tranquilízate, Alex.

—¡No te saldrás con la tuya!

No le hice caso de momento. Lucille volvió a vestirse, le pasé la pistola y entonces lo hice yo. Ahora tenía dos armas. Demasiado para mí.

—Bien, Alex, ¿llevas los papeles?

—No —me sonrió con ferocidad.

Le registré por si acaso mentía. Pero no, tristemente era verdad. Se echó a reír. Era su venganza.

—Ve a casa —me dijo, restañándose la sangre—. Allí está todo. Anda, valiente.

—Maldito —mascullé.

—Gunnison te estará esperando con los brazos abiertos —volvió a reír—. Supongo que mi piso debe estar lleno de polis tras el escándalo que organizó Bill Fenton. ¿Por qué no vas, valiente?

—Ya me las apañaré. Ahora me preocupa ese Bill Fenton. Si te contó todo eso, ¿por qué no se asoció contigo?

—No me lo contó de buen grado. Tuvimos una pelea y yo tuve la suerte de lograr sacar mi pistola. Sabes que siempre me ha gustado tener una. Por si las moscas. Entonces fue cuando me contó todo.

—¿Y qué hiciste con él?

—Logró escapar.

—¿Cómo?

—Yo tenía la tele encendida. Mientras se hacía la hora de acudir a tu cita, pensaba escuchar el discurso político de James Bradbury que tenía anunciado dentro del programa de Bob Carpenter. Cuando apareció el concejal en escena, el del bigote soltó una exclamación ininteligible pero que me distrajo un momento. El muy loco se arrojó entonces contra la cristalera que da al jardín y por allí se largó, milagrosamente indemne porque no le vi.

—¡Bradbury otra vez! —exclamé, recordando las palabras de John Clark. También Myrna Donovan— Elaine Barnes, —procedente de Chicago, le había llamado la atención el concejal. Muy curioso.

CAPÍTULO X

—Bien, Alex —dije—. Eres un gran amigo. Gracias por tu colaboración.

Y le aticé duro, con la mano armada. Alex puso los ojos en blanco y se desplomó.

—¡Oh! —exclamó ella.

—Y gracias también a ti, Lucille —le di un beso.

—¿Qué piensas hacer? ¿Ir a casa de él?

Lo miré, tendido cuán largo era, inconsciente.

—No.

—Él tiene el pasaje, los papeles, todo...

—Lo sé, pero ya lo oíste. La policía debe estar allí.

—¿Entonces?

—Voy a ir a casa de Bradbury.

—¿Por qué? —se alarmó ella—. ¡Ese hombre es muy importante! ¡Te puede...!

—Lo sé, pero he de arriesgarme. John Clark me comentó que Myrna Donovan le vio allí en la urbanización y le llamó la atención. Igual ha sucedido con Bill Fenton. Eso ya no es casualidad a mi modo de ver. Tal vez pueda solucionar mi problema sin tener que huir de Miramar Beach.

—Hummm. ¿Y qué puede tener que ver un hombre como Bradbury con todo esto?

—No lo sé exactamente, por eso quiero verlo, hablar con él. ¿Tú le conoces?

—No personalmente, pero he oído hablar mucho de él relacionado con mi trabajo. Es el director-gerente de la más importante financiera del condado. Tiene también otros negocios... Según tengo entendido, llegó a todo ello gracias a su boda.

—Ajá. ¿Acaso él no es de aquí?

—Creo que no. Al menos no de este condado. Es abogado y se

instaló como asesor legal de la empresa de los Blake, trabó buena amistad con la hija única y heredera y al final acabó casándose con ella...

—Interesante.

—Ahora, claro está, es el dueño de todo.

—Hizo una buena boda, desde luego.

—¿Acaso piensas que...?

—Desgraciadamente, creo muy poco en el amor.

—Ya —musitó, mirándome fijamente.

—Voy a hablar con él —dije decididamente—. A lo mejor tengo suerte.

—Es mucho riesgo volver a Miramar Beach.

—No tengo otra alternativa —me encogí de hombros—, ésa, o seguir huyendo en coche. Podría aprovechar el de Alex... pero no creo que me sirviera de mucho.

—De acuerdo. Te acompañaré.

—No hace falta que te arriesgues. Te puedes quedar aquí vigilando a Alex.

—No. Iré contigo.

—De acuerdo. Amordazaremos y ataremos a Alex, colocándolo en el capó. Así estaré seguro de que no me delatará. ¡Manos a la obra!

Tardamos veinte minutos en estar listos. Alex no protestó porque continuaba en el mundo de los sueños, cuando despertara menuda sorpresa se iba a llevar. Enfilé rumbo a Miramar Beach por la carretera comarcal y poco transitada.

—No hay puestos policiales de vigilancia —observó ella.

—No debo ser un tipo tan importante como creía —comenté con una mueca—. Anda, pon la radio.

Lo hizo. La emisora local estaba dando un programa concurso. Enseguida terminó y pasaron al boletín de noticias de las ocho. Comenzaron con informaciones poco trascendentes. Luego me llegó el turno a mí.

—Se sigue buscando intensamente a Richard Lester, principal sospechoso de la muerte de Myrna Donovan. Se encontró su pista en la urbanización Planet gracias a una llamada telefónica anónima de hombre. Al parecer, según los datos recogidos, ha variado algo su fisonomía, ya que se ha tintado el cabello, ahora es negro

totalmente. Huyó en un «Jaguar» biplaza color plata, propiedad de la señorita Lucille Carson, empleada de la compañía Lowry especializada en la asesoría de inversiones. Por lo que se sabe, da la impresión de que la engañó con sus buenas maneras de gigoló y actualmente la debe llevar como rehén. Se ruega a quien los haya visto, llame a esta emisora o a la Jefatura de Policía. Como anunció hace poco por televisión el concejal James Bradbury, se va a luchar duro contra la corrupción y los indeseables que pueblan Miramar Beach.

—¡Bradbury! —mascullé yo—. ¡Precisamente él es el paladín de esa lucha! ¡Sería tremendo que tuviera que ver con todo este escabroso asunto!

—¡Últimas noticias, señoras y señores! —Elevó más la voz del locutor—. ¡Aquí llega Buck Stevens con las noticias de última hora! ¿Qué hay, Buck?

—¡Ya se ha descubierto el móvil del robo! —respondió una voz agitada—. ¡La policía acaba de descubrir un cuarto de millón de dólares escondidos en el capó del coche del sospechoso! ¡Es claro que un hombre como él no podía tener ese dinero y sí la mujer, que al parecer estaba interesada en fuertes inversiones de capital! Ya se sabe cómo es esta gente, los gigolós, exprimiendo a mujeres maduras y...

Corté bruscamente la radio. Lucille Carson me miraba fijamente, con preocupación.

—No es cierto, nena —dije.

—Sigo creyendo en ti, Ricky.

—Gracias —me sentí algo mejor, aferrando con fuerza el volante—. Alguien me está cerrando la cuerda al cuello. Está claro por qué no me mató. Quería un culpable. Y también está clara otra cosa: el móvil del asesinato no fue el robo del cuarto de millón, como creíamos hasta ahora. El asesino lo ha utilizado para acusarme definitivamente.

—Sí —asintió ella—. Pero ¿quién puede ser?

—La persona que me denunció en la urbanización. Ya lo oíste. Un hombre.

—¿Bradbury? Bradbury no estaba allí. Lo hubiera reconocido. Lo he visto muchas veces en la tele o en el periódico...

—Yo tampoco le vi.

—¿McGregor, Clark...?

—Pudiera ser, pero se me hace difícil creerlo. No creo que sean personas suficientemente fuertes económicamente como para desperdiciar un cuarto de millón. Precisamente el que da el tipo es Bradbury. Él sí se puede permitir ese lujo.

—Cierto. Aunque también puede ser alguien desconocido para nosotros, que estaba allí...

—Muy bien. ¿Cuántas personas hay en Miramar Beach que puedan renunciar a un cuarto de millón?

—Ya sabes que es un lugar frecuentado por millonarios. Algunas.

—Sí, pero para mí, Bradbury sigue teniendo todos los números. Está el detalle de la Donovan o Barnes y Fenton...

—En fin, salgamos de dudas.

—Eso vamos a hacer.

Ya teníamos ante nosotros las luces de Miramar Beach. Tanto Lucille como yo sabíamos dónde tenía su residencia James Bradbury, una finca cercana a la playa, al norte de la población.

Afortunadamente no hubo ningún problema para llegar hasta allí. Tenía miedo de tropezar con algún coche policial, pero probablemente todos debían continuar por Salinas y sus alrededores buscándonos. El coche de Alex nos había servido de mucha ayuda.

—Lo siento —fue la decepcionante respuesta de la doncella—, pero el señor Bradbury acaba de salir hace un momento.

—¿Tardara mucho?

—No lo sé, señor —nos miraba con curiosidad y yo procuraba que las sombras me ocultaran las facciones—. Recibió un telefonazo urgente.

—Vaya contrariedad. Es que es urgente, ¿sabe? ¿No tiene idea de adónde fue?

—Bueno, le oí nombrar el Busby Park —forzó una sonrisa—. Estaba cerca, limpiando la repisa de la chimenea. Pero me extraña que fuera a un parque...

—Sí, tiene razón. Gracias. Buenas noches.

Cerró la puerta y salimos de la propiedad bajo la atenta vigilancia del soberbio doberman atado a su propia caseta.

—¿Y ahora qué? —inquirió Lucille.

—Al Busby Park. Ya veremos qué encontramos allí.

Subimos al coche y conduje rápidamente hacia el parque. En esta ocasión sí pasamos junto a un auto-patrulla aparcado junto a un *drugstore* abierto, pero no sucedió nada. El deportivo de Alex seguía despistando.

—Ni siquiera le hemos echado una mirada a Alex —comenté—. Pero ahora no hay tiempo...

El parque se encontraba silencioso y oscuro. Era un lugar alejado de la playa y de la zona cosmopolita y alegre de Miramar Beach.

—¡Mira allí! —me señaló de pronto Lucille respingando en el asiento.

Lo hice.

Había un coche detenido en una esquina y un hombre llegaba apresuradamente a él.

—¡Es Bradbury! —exclamó Lucille.

Yo asentí. El motor del auto rugió, los faros se encendieron y el vehículo comenzó a ponerse en movimiento.

—¡Ya se va! —Me dispuse a seguirlo.

—¡Ahí va otro hombre! —indicó ella.

Seguí su dedo índice. Un tipo alto y delgado acababa de aparecer tras un seto.

—¡Es Fenton! —le reconocí al momento.

CAPÍTULO XI

El tipo de Chicago se alejaba caminando presurosamente mientras el coche de James Bradbury arrancaba.

—¡Se va! ¡Se va! —exclamó excitada Lucille—. ¡Vamos, muévete!

Hice todo lo contrario, apagué el motor.

—Pero...

—Me interesa ahora más Bill Fenton. A Bradbury sé dónde localizarlo.

Salté del coche cuando el otro, el concejal, ya había desaparecido. Me lo imaginé regresando a casa, seguro que era Bill Fenton quien lo había sacado urgentemente de su domicilio con la llamada telefónica. Y yo quería saber por qué.

Bill Fenton continuaba su camino hacia Davidson Street. Fui tras él procurando hacer el menor ruido, sigilosamente, protegiéndome en las sombras de la noche.

Desgraciadamente, no tuve la suerte de cara. De entre unos cubos de basura ya colocados en la acera, a la espera de la recogida nocturna, surgió de pronto un gato negro, asustado por mi presencia, maullando.

Yo me envaré, quedándome muy quieto.

Bill Fenton giró bruscamente el rostro, alarmado. Y debió reconocerme porque echó a correr.

Me lancé a la carrera tras sus pasos. Debí pensar que si continuaba hacia adelante alcanzaría zonas más transitadas de la ciudad, también más iluminadas, y ambos llamaríamos la atención con nuestra persecución. Eso no debía interesarle porque de pronto decidió rodear la manzana, regresando hacia el Busby Park.

Me hacía un favor porque yo aún no tenía ganas de enfrentarme a la policía. El caso no lo veía totalmente resuelto, faltaban cabos.

Pero el tipo aquel de Chicago tenía ideas muy claras y poco

reconfortables para mí. Se dirigía allí, al parque, no buscando la huida, sino para poderme tirotear impunemente sin testigos molestos, para que el suceso no trascendiera, al menos durante los primeros minutos. Así tendría tiempo de escapar sin que nadie le detuviera o viera.

Sentí las balas aullar cerca de mí, tras escuchar una especie de taponazos.

No me arredré. Yo llevaba dos pistolas. Saqué precisamente la de él, también con silenciador acoplado. Muy rápidamente se había provisto de otro arma. Seguro que el cerdo de Bob Stack tenía que ver algo en ello.

Se hallaba apostado tras un macizo. La blanca luz lunar ofrecía un aspecto espectral al lugar. Hice fuego contra él un par de veces y luego corrí hacia mi derecha, protegiéndome tras un grueso tronco de árbol.

Bill Fenton se asomó para dispararme, pero yo ya no estaba donde él creía. Le vi bien y apreté el gatillo. El tipo profirió un chillido y trastabilló unos segundos para luego derrumbarse.

Corrí hacia él, dándole una patada al arma que todavía tenía entre los débiles dedos. Me acuclillé junto a él comprobando que tenía un balazo en el pecho que le podía enviar al mundo de los muertos de un momento a otro. Pero antes tenía que hablar, vaya que sí.

Me miró con ojos desorbitados.

—Es usted... un maldito entrometido... —tartajeó.

—Usted fue quien me lanzó a esta vorágine —le repliqué—. Si no hubiera aparecido por la casa de Alex Hamilton yo me hubiera largado de Miramar Beach tranquilamente.

—Aggg... —Un hilillo de sangre hizo acto de presencia en la comisura de sus labios. Se me iba y aún no me había contado nada.

También observé que varios billetes de mil dólares asomaban por el bolsillo derecho de su chaqueta. Apresuradamente lo registré, mientras él se limitaba a quejarse y hacer muecas. Conté hasta cien mil.

—¿Esto es de Bradbury? —pregunté.

—A... yú... deme... —suplicó.

—Sí, amigo, pero antes quiero saber de qué va todo esto. Conteste.

—No... me fio... de usted...

—Se lo prometo. Avisaré a un médico. ¡Pero hable, aún tengo sobre mis espaldas una acusación de asesinato!

—Yo... yo también... pensé que... que era usted el... el culpable...

—Lo sé, por eso me buscó. Recurrió a ese hampón de Bob Stack y así supo de Alex. Todo eso está claro. El que me interesa es Bradbury. ¿Este dinero es suyo?

—Sí...

—¿Chantaje?

—Sí...

—¿Por qué, Fenton?

El tipo hizo un esfuerzo para responder, pero no logró articular palabra alguna.

—¿Por qué? ¿Acaso le conocía?

Asintió con la cabeza.

Le reconoció en la tele, estando en casa de Alex.

Nuevo asentimiento. Por su mirada adivinaba que se encontraba muy mal, al borde del final.

—¿De qué le conoce, Fenton? ¡Intente hablar, maldita sea! ¡Inténtelo!

Sudaba.

—El... Grant... Williams... abogado... mafia... Chicago... hace... años... —calló, pero luego agregó—: Relaciones... con... Elaine...

Ahora sí que ya no pudo más. Ladeó la cabeza y expiró. Tuve que darle las gracias a la muerte, mentalmente, por no haber sido inoportuna en esta ocasión. ¡Por fin tenía otro móvil para el asesinato de la rubia!

CAPÍTULO XII

Lo dejé allí tirado. Ya lo encontrarían y se encargarían de él.

Lucille Carson, nerviosa, impaciente, venía corriendo hacia mí.

—¿Estás bien? —Me tocó, me abrazó.

—Sí, sí. ¡Vamos! ¡No quiero que nadie nos vea aún!

Subimos al coche. Mientras lo ponía en marcha ella le preguntó adónde íbamos.

—A casa de Bradbury —respondí, contándole seguidamente lo que había averiguado. Finalicé diciendo—: ¡Él tiene que ser el culpable! Ahora entiendo por qué Myrna no acudió a su cita conmigo. Tras reconocerlo, allá en la urbanización, prefirió entrevistarse con él. Seguro que fue eso. Y Bradbury no debió quedar muy tranquilo, así que se presentó por la noche en el *bungalow* y la mató cargándome a mí el asesinato.

—Hummm...

La miré de reojo.

—¿Qué piensas?

—Hay algo que no entiendo.

—¿Qué?

—Sería lógico pensar en un chantaje por parte de la tal Myrna o Elaine, nunca sé cómo llamarla...

—Para mí sigue siendo Myrna...

—Bien, como te decía, lo lógico sería pensar en un chantaje. Pero, poniéndome en el lugar de Myrna, ¿para qué liarse en un feo asunto como ése, teniendo ya un cuarto de millón?

—Sí, cierto; pero ya se sabe, la ambición no tiene límites. Además, tal vez Bradbury sólo la mató por miedo, por temor a que ella pudiera decir quién era y echara a rodar su recién iniciada carrera política...

Llegamos de nuevo ante la casa del concejal. El lugar continuaba aparentemente tranquilo, silencioso. Salvamos al doberman que nos

dedicó unos gruñidos y alcanzamos la puerta, donde ya nos esperaba la doncella de antes. Sabía de nuestra llegada por el timbre de la verja.

—¡Oh, ustedes! —exclamó al vernos, poniendo muy mala cara.

—Sabemos que el señor Bradbury ya ha vuelto —aventuré—. Quisiéramos verle.

—Me temo que no podrá ser. Ya se ha retirado a descansar.

—Es urgente. Le tendrá que molestar.

—No, señor. No quiero más problemas. Le hablé de ustedes y se enfureció mucho conmigo.

—Lo lamento, pero ya le digo que es urgente...

—No. Tengo órdenes. No voy a perder el puesto por ustedes. Váyanse.

—Está bien —apreté los labios. Metí la mano en el bolsillo y la saqué exhibiendo una de las pistolas.

La chica retrocedió asustada.

—¡Adentro! —ordené.

Pasamos al interior de la lujosa casa. La doncella no tuvo más remedio que avisarle bajo la amenaza de la pistola, no diciéndole quiénes eran los visitantes.

Cuando James Bradbury apareció por el salón biblioteca envuelto en un batín de seda negra, se llevó una gran sorpresa. Era un hombre que debía estar cercano a los cincuenta, de complexión pícnica, pelo entrecano, ojos metálicos y boca ancha. Parecía más viejo que en las fotos de propaganda.

—¿Quiénes son ustedes? —barbotó, mientras la doncella se refugiaba en un rincón, temerosa.

—No se haga el loco, Bradbury —le repliqué duramente—. Supongo que está al tanto. En cuanto se lo dijo su criada la primera vez, lo supo, por eso se enfadó tanto. Pero no fue capaz de avisar a la policía, a pesar de que yo soy un supuesto asesino. ¿Y por qué no cumplió con su deber de ciudadano honorable? Porque no le conviene. Sabe perfectamente de qué va todo este embrollo. No hace mucho acudió al Busby Park, ¿no se acuerda?

—¡Lárguese de mi casa! ¡No tengo ganas de escuchar insensateces!

—Hace muy mal su papel de personaje ofendido —reí—. Lo sé todo, Bradbury. Pude hablar con Bill Fenton. Yo llegué al Busby

Park cuando ustedes se separaban, yendo cada uno por un lado. Fui tras él. Peleamos, y antes de morir me lo contó todo.

Frunció el ceño, comenzaba a preocuparle.

—Ahora sé que su verdadero nombre es Grant Williams y que trabajó en Chicago como abogado de algunos mafiosos de aquella ciudad. Y lo más importante: tuvo relaciones con una mujer llamada Elaine Barnes.

Su rostro se tornó lívido.

—Esa mujer apareció por aquí precisamente bajo el nombre de Myrna Dono van, con un cuarto de millón de dólares en el bolsillo. Supongo que casualmente escogió este lugar para residir, donde vivía usted, su examante. Ella le reconoció durante su visita a la urbanización Planet y usted decidió asesinarla. Más tarde le reconoció Bill Fenton y decidió aprovechar la oportunidad para sacarle cien mil dólares. Yo he venido acá para cumplir con el lema principal de su programa: acabar con la corrupción de Miramar Beach.

—No... —balbuceó, retrocediendo hasta tropezar con el borde de la mesa escritorio—. No es eso...

—Todo acabó, James Bradbury, o Grant Williams, como usted prefiera. Ya no tengo miedo y estoy dispuesto a afrontar a la policía. Lucille puede telefonar.

—¡Espere! —Reaccionó, alargando una mano en señal de alto—. ¡Espere! ¡Podemos llegar a un acuerdo!

—¿Cuál?

Su mirada era la de un desesperado.

—Les daré a ustedes también dinero. Mucho dinero, como a Bill Fenton, a condición de que olviden todo y se marche bien lejos. ¿De acuerdo?

—No hay trato.

—¿Por qué?

—Porque, entre otras cosas, cargaría con la muerte de su examante. Y no estoy dispuesto. ¡Lucille!

La pelirroja alcanzó el auricular. El concejal compuso un gesto de auténtico terror.

—¡Por favor!

—Sólo he venido para conocerle personalmente y decírselo a la cara. Me ha hecho pasar muy malas horas y quería ver su rostro de

pánico al saberse descubierto. Ya tiembla, ¿eh?

—Espere, Lester, espere. Se equivoca. Es cierto que mi nombre es Grant Williams, que fui abogado en Chicago, ayudando a algunos mañosos, pero tenía otra salida si quería sobrevivir y ejercer mi carrera, las posibilidades que se me ofrecían eran mínimas. También es cierto que tuve relaciones con Elaine Barnes, precisamente gracias a ella encontré trabajo como abogado al lado de esa gente. Es cierto todo eso, sí, ¡sí! —gritó casi llorando—. Pero llegó un momento que no pude más, que exploté, rompí con todo ello y me vine acá con otro nombre, donde nadie me recordara, dispuesto a iniciar una nueva vida. Me regeneraré, Lester. Se lo juro. Me coloqué como abogado de la empresa de la que ahora es mi esposa, empecé desde abajo, muy duramente...

—No sería tanto. La boda le resolvió la dureza.

—Eso tardó en llegar. Mientras tanto me esforcé por trabajar y superarme. Además, me casé con ella porque la quería.

—No mienta. Se adivina la clase de tipo que es usted. Calculador, ambicioso. Tal vez no esté acostumbrado a mancharse las manos de sangre, pero lo tuvo que hacer y quiso cargarme la muerte. ¡Lucille!

La pelirroja ya fue a marcar. Bradbury —Williams—, se abalanzó sobre ella.

—¡Quieto o disparo! —le amenacé.

Se contuvo mirándome con desesperación, gruesas gotas de sudor corriéndole por el rostro. La doncella cada vez estaba más atemorizada, acurrucada en un rincón de la sala.

—No, Lester. Déjeme que le explique. ¡Escúcheme!

—Está bien —concedí—. Hable.

—Se lo contaré todo. Es cierto que ella me reconoció en la urbanización Planet. Y me telefoneó, quedando citados.

—Usted presintió el pelirrojo y...

—Déjeme acabar. Sí, al principio temí lo peor. Pero fue todo lo contrario. Ella se mostró cordial, atenta. Me explicó todo, cómo le habían ido las cosas en Chicago, estaba la mar de contenta. Recordamos los viejos tiempos y sólo me pidió que la ayudara a invertir su dinero y a instalarse en Miramar Beach. Aunque ya había recurrido a una compañía especializada, tenía más confianza en mí. Quería convertirse en una mujer de vida placentera con saneada

renta a costa del dinero. Sólo eso. No tenía mayores ambiciones.

—Pero a usted le molestaba que hubiera alguien en Miramar Beach que supiera su verdadera personalidad —insistí—. ¡Y por eso la mató!

—¡No, no la maté, Lester! ¡Soy inocente! ¡Ya le he contado todo! ¡Nos vimos, quedamos de acuerdo, se marchó esa tarde y ya no volví a verla! ¡Cuándo supe de su muerte, quedé enormemente sorprendido! ¡Y pensé que fue usted, al fin y al cabo un *gigoló*, un vividor!

—No me engaña, Bradbury.

—Le digo la verdad. No me preocupé más del asunto hasta que me telefoneó Bill Fenton. Me había visto por la tele y reconocido. ¡Ése sí quería chantajearme, el muy granuja! ¿Y qué hice? Pues me apresuré a obedecerle, pues deseaba que se largara de aquí cuanto antes, él podía involucrarme en el asesinato si contaba que Elaine y yo habíamos tenido relaciones allá en Chicago. Por eso acepté el chantaje, fui, le pagué y regresé acá. ¡En ningún momento se me ocurrió matarle! ¿No se da cuenta, Lester? ¡No soy un asesino!

—Sigo pensando que...

—Si la maté a ella, ¿por qué no hice lo mismo con Bill Fenton?

La pregunta era algo inquietante, pero había una fácil respuesta.

—Tal vez él había depositado unas pruebas para que salieran a la luz pública en caso de morir...

—Entonces ahora estaría ya perdido, porque Fenton está muerto, y es estúpido que yo aún intente convencerles de que callen y se marchen, ofreciéndoles dinero.

La réplica me dejó confuso.

—¡Créame, Lester! ¡Yo no la maté! ¡No sea idiota y acepte mi proposición! ¡Incluso le prometo hacer presión sobre Gunnison para que el caso de Elaine sea reconsiderado desde otro ángulo, no se le dé tanta importancia y usted tenga tiempo de irse bien lejos! ¡Todos saldremos ganando!

—Me da usted asco, Bradbury. Usted y sus malditos millones que le sirven para tapar únicamente cubos de basura. Pero conmigo se ha equivocado. No creo en los seres perfectos e intachables, nunca he sido un hombre íntegro. Soy un granuja, pero hasta los granujas como yo tenemos un código del honor. Y usted me produce náuseas, usted que le prometía a las gentes sencillas y

honradas de Miramar Beach limpiar de corrupción el lugar y no es más que otro corruptor...

—Hay que ser práctico, Lester. Usted no lo está siendo ahora.

—Sólo sé una cosa, Bradbury —le apunté con la pistola—. Yo no he sido el autor del asesinato, usted dice que tampoco, pero no lo creo. Muy bien, llamaremos a la policía, le daremos publicidad al asunto y que sean los jueces quienes decidan.

—¡Lester, usted es el que más tiene que perder, no sea loco! —me avisó—. Aparte de tener los mejores abogados, tengo también una perfecta coartada. Esa noche me encontraba en una reunión del Consejo de Administración. Acabamos cerca de la madrugada.

Aquella noticia me dejó tieso.

—¿Es que no lo quiere comprender? —siguió hablando precipitadamente—. No hago todo esto por salvarme de la acusación de asesinato, sé que soy inocente y lo puedo probar en cualquier momento, únicamente quiero que no trascienda a la opinión pública mi pasado. Y estoy dispuesto a pagarle y a protegerle, a pesar de estar acusado de asesinato. Usted y esa chica son los únicos que lo saben, Fenton ya muerto. Betty, mi doncella, no hablará. Yo les ofrezco esta casa como refugio mientras les preparo la huida. Y les daré medio millón. ¿Qué les parece? Incluso les daré el cuarto de millón de Elaine que tengo bien escondido.

Lucille y yo intercambiamos enseguida una mirada muy significativa.

—Ella me lo confió todo para las inversiones, no vayan a creer otra cosa.

—Ahora estoy seguro de que nos engaña, Bradbury. Algo trama usted.

—Se equivoca. Sólo quiero ayudarles. Con mi colaboración podrán esquivar a la policía. Gunnison come en mi mano.

—Ha cometido un grave error: creer que no estamos al tanto de los últimos acontecimientos ocurridos en Miramar Beach respecto al caso.

—No sé a qué se refiere... —balbuceó, preocupado.

—Escuchamos hace un rato un boletín de noticias. Dijeron que ese dinero, el cuarto de millón, había sido encontrado en el capó de mi coche.

Se quedó sin habla, trastabilló y finalmente se dejó caer a plomo

sobre una butaca, completamente abatido.

—Cómo yo no fui, es evidente que alguien lo puso ahí para inculparme. Y esa persona sólo pudo ser usted.

—Es... es increíble... —musitó, meneando la cabeza de un lado a otro. Parecía totalmente derrotado—. Increíble...

—Llama a la policía. Lucille —dije, y él ya no se opuso.

La pelirroja fue a marcar el número, pero entonces una voz tronó:

—¡Aquí nadie llama a la policía! ¡Suelte la pistola, Lester! ¡Le estoy apuntando!

Lo hice muy a mi pesar. Luego giré el rostro y quedé encarado a la mujer madura, alta y delgada, de faz seca y avinagrada, con la que había tropezado en el estacionamiento de la urbanización Planet.

Todo lo comprendí al oír exclamar al concejal:

—¡Susan, querida!

CAPÍTULO XIII

El concejal la miraba consternado.

—¡Tú... tú la mataste!

—Yo la maté, sí —asintió con rotundidad—. Conté en todo con la colaboración de Robert, mi leal chófer.

—¡Susan! —gimió—. ¿Por qué?

—Recuerda que antes de casarnos me hablaste de tu vida en Chicago y tus relaciones con ella. Hubo sinceridad en ti y eso fue lo que más admiré, junto con el cariño que me demostrabas. Pero siempre envidié la pasión despertada en ti y que te había arrastrado a la mala senda, tal como me contaste. Esa pasión que conmigo nunca hubo... Y de pronto, al cabo de los años, inopinadamente, va y aparece por aquí.

—¿Cómo... cómo lo supiste?

—Escuché vuestra conversación por el supletorio. Una debilidad que tengo, me siento insegura. Cuando terminaste de hablar, me dijiste que tenías que asistir a una reunión. Eso me dolió mucho porque yo sabía que acababas de citarte con ella. Y fui tras de ti. Os vi reuniros en Lib Point, solos, parecíais muy afectuosos y emocionados. También os seguí hasta las cajas de seguridad del Lund Bank y observé cómo ella te entregaba un maletín. Cuando la dejaste, le salí al paso. Ella se mostró cínica y desvergonzada, se rió de mí, me llamó vieja y otras cuantas cosas más ofensivas. Por último me dijo que llevara cuidado, que a lo mejor me quitaba el marido...

—¡Oh, no! —continuó gimiendo el concejal.

—Eso no iba a consentirlo por nada del mundo. Siempre estuve sola, nadie me hizo caso salvo por mi dinero. Nunca fui una mujer simpática, agradable, lo sé, tampoco agradada físicamente. Al fin había hallado un poco de amor y de comprensión en ti. James, no una auténtica pasión como me hubiera gustado, pero era algo, sobre

todo algo muy importante para una mujer que llevaba camino de convertirse en una agria solterona. No, no estaba dispuesta a que aquella zorra se interpusiera entre los dos. Y no me lo pensé mucho. Esa misma noche, aprovechando que tú no estabas en casa, salí con Robert y nos presentamos en su *bungalow*. Robert abrió como un experto la puerta, sin sembrar la alarma, sin que nadie nos viera. Y allí estaba la muy cerda, junto con este hombre, ambos desnudos, borrachos, ahítos, satisfechos como bestias, dormitando. Fue muy fácil romperle la botella en la cabeza y luego degollarla con las astillas, y este hombre ni siquiera se enteró. En realidad fue de Robert la idea, así le podríamos achacar el asesinato al que se encontraba con ella, dejándole la botella en la mano, un acto de locura durante la orgía. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: Más tarde, al día siguiente, hoy, por la mañana, nada más saber que había sido descubierto el cadáver, pero no el asesino, y que comenzaban las investigaciones policiales, nos preocupamos. Yo fui en esta ocasión quien tuvo la idea del maletín. Sabía dónde estaba escondido y cuál era su contenido, la noche anterior me había molestado en averiguarlo, intrigada. Pensé entonces que lo mejor sería inculparlo totalmente y ofrecer un móvil más claro a la policía. Sabíamos su nombre y dirección porque Robert se había preocupado de registrarle durante el asalto nocturno como curiosidad. Así que Robert tomó el maletín (a mí el dinero no me interesaba lo más mínimo y cuando James descubriera el robo de que le había hecho objeto, estaba segura de que callaría por lo que le iba en juego) y marchó rápidamente a casa de este hombre, colocando el dinero en el coche. La casa estaba desierta, y él procuró que nadie le viera. La policía tardó en aparecer por allí y más aún en encontrar el dinero, estuve muy nerviosa escuchando los boletines de noticias...

—¡No, no! —Se llevó las manos a la cabeza el concejal, tremendamente abrumado por cuanto acababa de escuchar.

Lucille y yo permanecíamos bastante impasibles y serenos. La doncella, por contra, se había desmoronado en el rincón y no sabía a ciencia cierta si estaba inconsciente o no.

—Usted fue quien me descubrió en la urbanización, ¿verdad? —le dije.

—Sí.

—Me despistó que una voz de hombre hiciera la denuncia...

—Fue Robert.

—Sí, ahora lo comprendo. ¿Cómo me reconoció? Apenas nos vimos, llevaba el pelo tintado, unas gafas, iba vestido...

—Por su mano derecha sobre todo, cuando me entregó el bolso. Recuerde que ayudé a colocarle la botella rota. Me fijé en ella perfectamente, sus nudosidades, su manicura. Enseguida supe que era usted. Se lo dije a Robert y decidimos denunciarle anónimamente.

—Perfecto —apreté los labios. La mujer se mantenía muy firme, muy segura, no veía posibilidad de intentar algo—. ¿Y ahora qué piensa hacer?

—Ahora pondremos punto final al drama. He llamado a Robert que vive no lejos de aquí. Él me ayudará a eliminarles. Simularemos que asaltaron la casa por odio al concejal, algo así, ya veremos. Gunnison aceptará cualquier historia nuestra, máxime si de esa forma resuelve el caso. Recuerde que es usted aún el culpable.

—Hay otro cadáver por ahí. Bill Fenton, no sé si sabrá de él. Averiguarán que vino de Chicago, tal vez también la auténtica personalidad de Myrna Donovan, pueden comenzar a atar cabos...

—No me asusta. A Fenton lo ha matado usted, ¿no? Pues no habrá problema. Una rencilla entre socios, por ejemplo. No, no hay peligro. Gunnison es un policía torpe, sin muchas ideas, hará lo que mi marido le diga...

Miré hacia el concejal.

—¿Usted que dice, Bradbury? ¿No manifestaba que había comenzado una nueva vida, le tengo que recordar sus proyectos de honorabilidad? ¿Va a estar de acuerdo con todos estos asesinatos?

—No tiene otra salida —sonrió suficiente ella—. Por eso le quité el maletín del dinero.

—¡Qué me responda él! ¡Bradbury! ¿No me oye?

—¡Cállese! —me gritó, sin mirarme, todavía con las manos tapándose el rostro.

—Ahora no quiere escuchar, ¿eh? ¡Maldita rata!

—¡Cállese! —Le dio de pronto un manotazo a la butaca. Y luego continuó golpeándola y gritando—: ¿Por qué lo hiciste, Susan? No había ningún peligro, ella nunca me hubiera conseguido, lo nuestro acabó allá en Chicago hace muchos años, sólo la iba a ayudar como

amiga...

—Es difícil la amistad entre un hombre y una mujer que se han amado. O se odian, o se siguen amando secreta, silenciosamente. Me bastó observaros un rato para adivinar lo que se cocía entre vosotros. No, James, eso era lo mejor. Ella está muerta y sólo yo existo para ti. Además, siempre detesté a ese tipo de mujerzuelas... Ya tarda Robert —se impacientó.

Él se decidió a encararla. Lloraba.

—¡No, Susan! ¡Tiene que haber otra solución!

—No la hay. ¿Y qué importa un asesinato o dos más tras la muerte de la zorra?

El concejal cerró los ojos y los puños ante la frialdad e implacabilidad de su esposa. Supe que todo estaba perdido. Aquel hombre no iba a reaccionar favorablemente.

Se escuchó entonces un portazo.

—Es Robert —sonrió ella—. Tiene llave.

Un instante después se abrió la puerta del salón-biblioteca y entró un hombre enjuto, de rostro grave, al que reconocí enseguida como el chófer de la mujer.

—Ya era hora —se relajó ella un poco. Y entonces aparecieron un par de hombres más, sin hacer el mínimo ruido, precisamente uno de ellos Gunnison, el jefe de policía local, que fue el que gritó:

—¡Deje caer ese arma, señora Bradbury!

CAPÍTULO XIV

Nunca antes me habían caído tan bien Gunnison y la cotilla señora Thompson, mi vecina de enfrente. Precisamente gracias a ella habíamos salvado la vida. Por su inveterada costumbre de vigilar mi casa había observado cómo el tal Roberts salía de allí sospechosamente y lo comunicó a la policía nada más ésta se personó en el lugar buscándome como sospechoso del asesinato. El bruto de Gunnison demostró tener más seso del que la señora Bradbury y algunos otros más, entre los que me cuento yo, creíamos y optó por mantener en secreto este dato con el fin de que el tipo no lo supiera y pusiera pies en polvorosa. Les había costado localizarlo, pero al final lo habían hecho, y Robert confesó largamente. A continuación, sabiendo lo que sucedía, se personaron rápidamente en la casa del concejal, llegando muy oportunamente.

De todas formas, aunque el asunto había terminado felizmente, yo no pensaba quedarme en Miramar Beach. El lugar se me había hecho antipático en pocas horas, así que tenía la decisión tomada de largarme. Ya me había despedido de algunos amigos, incluido Alex Hamilton, al que ya no guardaba rencor pese a todo. Las horas pasadas en el interior del capó le habían hecho reconsiderar las cosas e incluso luego me pidió perdón, avergonzado de su comportamiento.

Y estaba colocando los bártulos en el coche, bajo la mirada atenta de la señora Thompson, asomada discretamente a una ventana, cuando apareció por allí Lucille Carson. También me había despedido de ella y me extrañó su presencia.

—¿Hay un sitio para mí? —Fue lo primero que me dijo.

—¿Qué? —musité como si hubiera oído mal. Ella se había mostrado reacia a dejar Miramar Beach durante nuestra conversación.

—He llegado a la conclusión de que tampoco a mí me gusta en

exceso Miramar Beach. Y por otro lado tampoco tengo ganas de seguir soportando al pesado de McGregor. Tal vez necesites a alguien que te aconseje dónde invertir tus cosas.

—Aún no sé adónde voy a ir.

—Bueno, puedo empezar por recomendarte en qué debes invertir tu propia vida...

Su mirada me atrajo como un poderoso imán. La enlacé por el talle y la besé profunda y largamente, mientras nos estrujábamos con las manos. La ventana de la señora Thompson se cerró con tal violencia que los cristales se rompieron.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

NOTAS

[1] Especialista en escenas peligrosas. < <